

Domingo XIV del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Ángelus 2013 – Homilías 18.X.13, 14.II.14, 5.II.15
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2007 y Homilía 2010
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Iñaki BALLBÉ i Turu** (Rubí, Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LA DICHA DE VER A JESÚS

Is 66,10-14; Ga 6,14-18; Lc 10,1-2. 17-20

El profeta Isaías describe con imágenes entusiastas la restauración de Jerusalén, todos los israelitas afligidos por la desgracia de la ciudad de David, podrían alegrarse por la llegada de la paz abundante. Dios consolaría a su pueblo, otorgándole cuantiosas bendiciones, que de acuerdo con el contexto histórico aquel, provendrían de los dones traídos por los pueblos vecinos. Aquello no sería todavía la “humanidad nueva” de que nos habla san Pablo en la carta a los Gálatas. Ese ensayo fraterno y justo que trae reconciliación y entendimiento entre fuertes y débiles es difícil de aceptar y esperar. Tal como dice el Evangelio, solamente la gente sencilla lo puede acoger. La gente de letras y diplomas juzgó de iluso el proceder de Dios que invitaba a los suyos a vivir en sintonía con la bondad y la fraternidad.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 47, 10-11

Meditamos, Señor, los dones de tu amor, en medio de tu templo. Tu alabanza llega hasta los confines de la tierra como tu fama. Tu diestra está llena de justicia.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que por medio de la humillación de tu Hijo reconstruiste el mundo derrumbado, concede a tus fieles una santa alegría, para que, a quienes rescataste de la esclavitud del pecado, nos hagas disfrutar del gozo que no tiene fin. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Yo haré correr la paz sobre ella como un río.

Del libro del profeta Isaías: 66, 10-14

Alégrense con Jerusalén, gocen con ella todos los que la aman, alégrense de su alegría todos los que por ella llevaron luto, para que se alimenten de sus pechos, se llenen de sus consuelos y se deleiten con la abundancia de su gloria.

Porque dice el Señor: “Yo haré correr la paz sobre ella como un río y la gloria de las naciones como un torrente desbordado. Como niños serán llevados en el regazo y acariciados sobre sus rodillas; como un hijo a quien su madre consuela, así los consolaré yo. En Jerusalén serán ustedes consolados.

Al ver esto se alegrará su corazón y sus huesos florecerán como un prado. Y los siervos del Señor conocerán su poder”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 65,1-3a. 4-5. 6-7a. 16.20

R/. Las obras del Señor son admirables.

Que aclame al Señor toda la tierra; celebremos su gloria y su poder, cantemos un himno de alabanza, digamos al Señor: “Tu obra es admirable”. **R/.**

Que se postre ante ti la tierra entera y celebre con cánticos tu nombre. Admiremos las obras del Señor, los prodigios que ha hecho por los hombres. **R/.**

El transformó el Mar Rojo en tierra firme y los hizo cruzar el Jordán a pie enjuto. Llenémonos por eso de gozo y gratitud: El Señor es eterno y poderoso. **R/.**

Cuantos temen a Dios vengan y escuchen, y les diré lo que ha hecho por mí. Bendito sea Dios que no rechazó mi súplica, ni me retiró su gracia. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Llevo en mi cuerpo la marca de los sufrimientos que he pasado por Cristo.

De la carta del apóstol san Pablo a los gálatas: 6, 14-18

Hermanos: No permita Dios que yo me gloríe en algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesús de nada vale el estar circuncidado o no, sino el ser una nueva creatura.

Para todos los que vivan conforme a esta norma y también para el verdadero Israel, la paz y la misericordia de Dios. De ahora en adelante, que nadie me ponga más obstáculos, porque llevo en mi cuerpo la marca de los sufrimientos que he pasado por Cristo. Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes. Amén.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Col 3, 15. 16

R/. Aleluya, aleluya.

Que en sus corazones reine la paz de Cristo; que la palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza. R/.

EVANGELIO

El deseo de paz de ustedes se cumplirá.

Del santo Evangelio según san Lucas: 10, 1-12. 17-20

En aquel tiempo, Jesús designó a otros setenta y dos discípulos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir, y les dijo: “La cosecha es mucha y los trabajadores pocos. Rueguen, por lo tanto, al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos. Pónganse en camino; yo los envió como corderos en medio de lobos. No lleven ni dinero, ni morral, ni sandalias y no se detengan a saludar a nadie por el camino.

Cuando entren en una casa digan: ‘Que la paz reine en esta casa’. Y si allí hay gente amante de la paz, el deseo de paz de ustedes se cumplirá; si no, no se cumplirá. Quédense en esa casa. Coman y beban de lo que tengan, porque el trabajador tiene derecho a su salario. No anden de casa en casa. En cualquier ciudad donde entren y los reciban, coman lo que les den. Curen a los enfermos que haya y díganles: ‘Ya se acerca a ustedes el Reino de Dios’.

Pero si entran en una ciudad y no los reciben, salgan por las calles y digan: ‘Hasta el polvo de esta ciudad que se nos ha pegado a los pies nos lo sacudimos, en señal de protesta contra ustedes. De todos modos, sepan que el Reino de Dios está cerca’. Yo les digo que en el día del juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que esa ciudad”. Los setenta y dos discípulos regresaron llenos de alegría y le dijeron a Jesús: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les contestó: “Vi a Satanás caer del cielo como el rayo. A ustedes les he dado poder para aplastar serpientes y escorpiones y para vencer toda la fuerza del enemigo, y nada les podrá hacer daño. Pero no se alegren de que los demonios se les someten. Alégrese más bien de que sus nombres están escritos en el cielo”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús. Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Pidamos, hermanos, al Señor que escuche nuestras súplicas y acoja nuestras peticiones. Digamos con confianza: Te rogamos, Señor.

Oremos a Dios por el Papa Francisco, por nuestro obispo **N.**, y por todos aquellos a los que se han confiado nuestras almas; que nuestro Señor les dé la fuerza y sabiduría para dirigir y gobernar santamente las comunidades que les han sido encomendadas y puedan así dar buena cuenta cuando se les pida. Roguemos al Señor.

Oremos también para que Dios nos conceda la paz; que él, que es la verdadera paz y el origen de toda concordia, transmita la paz del cielo a la tierra, la paz espiritual para nuestras almas y la paz temporal para nuestros días. Roguemos al Señor.

Pidamos por los que se esfuerzan en seguir las sendas del Evangelio, para que nuestro Señor los mantenga en este santo propósito hasta el fin de sus días; oremos también por los que viven en pecado, para que nuestro Señor les dé la gracia de convertirse, hacer penitencia y purificarse en el sacramento del perdón y alcanzar así la salvación eterna. Roguemos al Señor.

Oremos, finalmente, a Dios nuestro Señor por los fieles difuntos, que han salido ya de este mundo, especialmente por nuestros familiares, amigos y bienhechores, para que el Señor, por su gran misericordia, los reciba en su gloria y los coloque entre los santos y elegidos. Roguemos al Señor.

Dios nuestro, que al darnos la vocación cristiana nos pides estar siempre dispuestos a anunciar el Evangelio por todo el mundo, escucha nuestras oraciones y concédenos aquella valentía y libertad apostólicas que son necesarias para hacer presente en el mundo tu palabra de amor y tu mensaje de paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

La oblación que te ofrecemos, Señor, nos purifique, y nos haga participar, de día en día, de la vida del reino glorioso. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 33,9

Prueben y vean qué bueno es el Señor; dichoso quien se acoge a él.

O bien: Mt 11, 28

Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados, y yo los aliviaré, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que nos has colmado con tantas gracias, concédenos alcanzar los dones de la salvación y que nunca dejemos de alabarte. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO. - Las migraciones de pueblos se intensifican en todas direcciones, la gente se marcha de sitios inhabitables porque no se siente segura. Reordenar la convivencia entre occidentales y musulmanes, entre anglosajones y latinoamericanos no es asunto fácil. Los estereotipos, los prejuicios, y algo de fanatismo, existen en ambos lados y dificulta la convivencia armoniosa. Mientras más grandes sean las sociedades se torna más difícil conciliar puntos de vistas divergentes. Las profecías de Isaías parecen rebasadas por la cruda realidad que vivimos. Sin embargo, no podemos desentendernos del mensaje cristiano alegando su carácter idealista. Los sencillos de los que habla el Evangelio pueden acoger con apertura el mensaje de Jesús y vivirlo coherentemente en el ámbito de su familia y en el de la comunidad cristiana donde viven su fe. Es conveniente animarse con otros discípulos para lograr que fructifique la semilla del Evangelio en nuestra vida.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

En Jerusalén seréis consolados (Is 66,10-14c)

1ª lectura

El poema se encuadra en una metáfora sobre la maternidad de Sión. En una expresión audaz se presenta a Dios consolando a los suyos como una madre que amamanta a sus hijos (v. 11). Como ya se ha visto, es en la segunda parte de Isaías donde más se aplican a Dios cualidades maternas (cfr 42,14; 45,10; 49,15). «Al designar a Dios con el nombre de “Padre”, el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero de todo y autoridad transcendente y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos. Esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad (cfr Is 66,13; Sal 131,2), que

indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura. El lenguaje de la fe se sirve así de la experiencia humana de los padres, que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas (cfr Sal 27,10), aunque sea su origen y medida (cfr Ef 3,14-15; Is 49,15)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 239).

Que no me gloríe sino en la cruz de Jesús (Ga 6,14-18)

2ª lectura

San Pablo era consciente que la predicación de Cristo crucificado constituía escándalo para los judíos y locura para los paganos (cfr 1 Co 1,23). Sin embargo, el misterio de la cruz era la esencia de la predicación apostólica (cfr Hch 2,22-24; 3,13-15; etc.), ya que en él está toda posibilidad de vida y salvación eterna. Los judaizantes se jactaban de llevar en su carne la circuncisión, señal de la Antigua Alianza. Pablo, en cambio, muestra que sólo hay una señal que sea motivo de gloria: la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, con la que selló la Nueva Alianza y cumplió la Redención. Ésa es la señal del cristiano. La cruz de Cristo, lejos de ser una locura, es la fuerza y la sabiduría de Dios.

En continuidad con las palabras de San Pablo, la tradición cristiana ha dejado escritas en honor a la cruz páginas de gran piedad. Así, por ejemplo, en una homilía pascual del siglo II, de autor desconocido, se dice: «Cuando me sobrecoge el temor de Dios, la Cruz es mi protección; cuando tropiezo, mi auxilio y mi apoyo; cuando combato, el premio; y cuando venzo, la corona. La Cruz es para mí una senda estrecha, un camino angosto: la escala de Jacob, por donde suben y bajan los ángeles, y en cuya cima se encuentra el Señor». San Anselmo, por su parte, comenta: «¡Oh Cruz, que has sido escogida y preparada para bienes tan inefables!, eres alabada y ensalzada no tanto por la inteligencia y la lengua de los hombres, ni aun de los ángeles, como por las obras que gracias a ti se realizaron. ¡Oh Cruz, en quien y por quien me han venido la salvación y la vida, en quien y por quien me llega todo bien!, Dios no quiera que yo me gloríe si no es en ti» (*Meditationes et orationes* 4). Y Santa Edith Stein escribe: «El alma fue creada para la unión con Dios mediante la Cruz, redimida en la Cruz, consumada y santificada en la Cruz, para quedar marcada con el sello de la Cruz por toda la eternidad» (*Ciencia de la Cruz* 337).

La expresión «nueva criatura» (v. 15) señala la transcendencia de la gracia divina sobre toda acción humana: si las cosas existen porque han sido creadas, el hombre vive en el orden sobrenatural porque ha sido «creado de nuevo»: «Hemos sido creados —comenta Santo Tomás de Aquino— y hemos recibido el ser natural por medio de Adán; pero aquella criatura ya había envejecido, se había corrompido, y por esto el Señor, al hacernos y al constituirnos en el estado de gracia, obró una especie de criatura nueva. (...). Así pues, por medio de la nueva criatura, es decir, por la fe en Cristo y por el amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones, somos renovados y nos unimos a Cristo» (*Super Galatas, ad loc.*).

Las «señales» del v. 17 evocan las marcas que en la antigüedad se hacían a los esclavos para señalar a qué familia pertenecían. San Pablo podría aludir a esa costumbre para declararse siervo del Señor, signado por las cicatrices y los sufrimientos de la proclamación del Evangelio, que en cualquier caso son más gloriosas que las de la circuncisión.

Misión de los setenta y dos discípulos (Lc 10, 1-12.17-20)

Evangelio

Jesús envía ahora a otros setenta y dos discípulos a «toda ciudad y lugar» (v. 1) con instrucciones muy semejantes a las que había dado a los Doce (cfr 9,1-5). El número 72 tal vez aluda a los descendientes de Noé (cfr Gn 10,1ss.) que formaban las naciones antes de la dispersión de Babel (cfr Gn 10,32). En todo caso parece que señala la universalidad de la misión de Cristo. Junto a esta universalidad, las palabras de Jesús apuntan también a la urgencia de evangelizar. Estas notas estarán siempre presentes en la acción misionera de la Iglesia: «Hoy se pide a todos los cristianos, a las iglesias particulares y a la Iglesia universal la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n. 30).

Entre los que seguían al Señor y habían sido llamados (cfr Lc 9,57-62), además de los Doce, había numerosos discípulos. Los nombres de la mayoría nos son desconocidos; sin embargo, entre ellos se contaban seguramente aquellos que estuvieron con Jesús desde el bautismo de Juan hasta la ascensión del Señor: por ejemplo, José, llamado Barsabás, y Matías (cfr Hch 1,23); Cleofás y su compañero, a quienes Cristo resucitado se les apareció en el camino de Emaús (cfr 24,13-35). De entre todos, el Señor elige a setenta y dos. Les exige, como a los Apóstoles, total desprendimiento y abandono en la providencia divina (v. 4), porque «tanta debe ser la confianza que ha de tener en Dios el predicador, que, aunque no se provea de las cosas necesarias para la vida, debe estar persuadido de que no le han de faltar, no sea que mientras se ocupa de proveerse de las cosas temporales, deje de procurar a los demás las eternas» (S. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 17).

Los discípulos han experimentado la alegría de compartir la misión de Cristo y de comprobar el poder que dimana de ella (v. 17). El Señor, sin embargo, completa sus motivos de alegría con lo que está en la raíz de todo bien: su elección por parte de Dios. ***No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido hacerte. —Agradécesela*** (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 913).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

Misión de los 72 discípulos (Lc 10,1-24)

He aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos. Esto es lo que les dice a esos 72 discípulos a quienes designó y envió de dos en dos delante de Él. ¿Por qué razón los envió de dos en dos? Porque de dos en dos, es decir, macho y hembra, habían sido introducidos los animales en el arca; y aunque este número era inmundo por naturaleza, no obstante, había sido purificado por el misterio de la Iglesia. Esto fue completado por aquellas palabras que San Pedro escuchó cuando le dijo el Espíritu Santo: *lo que Dios ha purificado no lo llames impuro* (Hch 10,15). Y advierte que esto se refería a los gentiles, ya que ellos atienden más a una sucesión de filiación corporal que a la espiritual. Pero también a éstos los purificó el Señor y les hizo herederos de su pasión.

Por eso, una vez que hubo enviado a sus discípulos a su mies, que, aunque había sido sembrada por la palabra de Dios, sin embargo, necesitaba el trabajo del cultivo y el cuidado de un operario, con el fin de que las aves del cielo no acabaran con la semilla sembrada, dijo: *He aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos.*

En verdad, estas dos clases de animales son tan enemigos, que una de ellas devora a la otra. Pero el Buen Pastor hace que su grey no tema a los lobos, y por eso sus discípulos son enviados, no como presas, sino como distribuidores de gracia; pues la solicitud del Buen Pastor consigue que los lobos no puedan atreverse a dañar a los corderos. Y así envió a los corderos entre los lobos para que se cumpliera aquello de: *Entonces pacerán juntos los lobos y los corderos* (Is 64,25).

Y puesto que ya he terminado de hablar de ese tema, interesante para nosotros, de las raposas, al ver que cuento con vuestro crédito en lo que se refiere al simbolismo que de este pequeño animal he dado, espero poder descubrir, ayudado por vuestro interés, los profundos misterios que se ocultan en la imagen de los lobos. Ya hemos dicho más arriba que las zorras simbolizaban a los herejes, que, aunque son seguidores de Cristo de nombre, sin embargo, reniegan de El por su afición a la mentira. El Señor no recibe a estos tales, sino que los aparta y arroja de su compañía. Ahora vamos a considerar qué pueden significar los lobos.

Estos son, ciertamente, unos animales que atacan a los rebaños, merodean las cabañas de los pastores, sin atreverse a entrar en lugares habitados, acechan el sueño de los perros y la ausencia o negligencia del pastor para lanzarse al cuello de las ovejas y matarlas con rapidez. Ahora bien, tanto las fieras salvajes como los animales rapaces tienen una gran rigidez en el cuerpo, de tal manera que no pueden fácilmente volver hacia atrás; y dejándose llevar de un gran impulso que las domina, no raras veces resultan engañadas. Además, dicen que, si son ellas quienes primero ven al hombre, pueden, por un don de su naturaleza, quitarle la voz; pero si las ve primero el hombre, huyen rápidamente. Y por eso he de precaverme, para que, si en este discurso de hoy no aparece con un fulgor especial la gracia de los misterios del espíritu, es que los lobos me vieron a mí antes y que me han privado del recurso habitual de la palabra.

¿Acaso no es exacto comparar los herejes a esos lobos, que andan acechando a las ovejas de Cristo y rugen en torno a los apriscos prefiriendo la oscuridad a la luz? Y es que, en realidad, siempre existe esa oscuridad para los malvados, que se esfuerzan con todo su ser en tapar y ofuscar la ley de Cristo con las sombras de una interpretación errónea. Por eso, aunque cercan los apriscos, con todo, nunca se atreven a entrar en los sitios donde está Cristo. Y permanecen siempre en esa situación porque Él no los quiere dejar entrar en esa mansión, que es enteramente suya, y en la que fue curado aquel hombre que bajaba de Jerusalén y cayó en manos de los ladrones, es decir, aquel a quien el samaritano, después de vendarle las heridas y haberle puesto sobre ellas aceite y vino, lo colocó sobre su cabalgadura y lo llevó al mesón, dejando al dueño de la fonda el encargo de que lo curara. A la verdad, el que no quiere buscar al médico, no recibe esa medicina, que tendría si lo buscara.

Ellos estudian el momento en que no esté el pastor; y por eso tienen tanto interés en matar o desterrar a los pastores de la Iglesia, puesto que, si están éstos presentes, no pueden atacar a las ovejas de Cristo. Estos tercios y altaneros, que jamás suelen reconocer su error, a causa de una manera de pensar demasiado material, se esfuerzan en disminuir la grey del Señor. Y por eso dice el Apóstol que *se debe evitar la compañía del hereje que ya ha sido corregido* (Tt 3,10), sabiendo que tales hombres están perdidos. Y Cristo, el verdadero intérprete de la Escritura, les desbarata el juego, con el fin de que sus esfuerzos resulten vanos y no puedan hacer mal.

Si ellos logran engañar a alguno con la mentira astuta de su discurso, le hacen callar; pues en esto consiste el ser mudo: en no confesar la gloria del Verbo, tal cual es. Ten cuidado, pues, para que ningún hereje te prive de voz, al no ser tú el primero que le descubras a él. Pues se va metiendo poco a poco, mientras permanece oculta su perfidia; pero, si conoces las argucias de su maldad, no tienes motivo para temer la pérdida de tu voz piadosa. Cuídate, por tanto, del veneno de una discusión astuta; ellos se esfuerzan en buscar las almas, atacar las lenguas y dominar las partes vitales. Los impactos de los herejes son graves; ellos, más crueles y rapaces que las mismas bestias, están dominados por una avidez e impiedad que no conoce límites.

Y no os debe sorprender el hecho de que parecen tener una manera muy humana de actuar, pues, aunque aparecen por fuera como hombres, dentro brama la bestia. Y por eso, sin duda, es a

estos lobos a quienes va dirigido el dicho de Jesús, el Señor, cuando dice: *Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidura de oveja, pero que por dentro son lobos rapaces; por sus frutos los conoceréis* (Mt 7, 15). Y por eso, si alguien acostumbra a dejarse llevar de las apariencias, que mire el fruto. Si oyes llamar sacerdote a uno del que tú conoces sus rapiñas, ese tal tiene piel de oveja, pero sus obras son propias de un ladrón. El que es por fuera una oveja y un lobo por dentro, no conoce la medida en el robo; ese tal tiene endurecidos sus miembros como por el hielo en una noche de Escitia y va de un lado para otro, ensangrentando su boca y buscando a quien devorar (1 P 5,8). ¿No te parece que es verdaderamente un lobo aquel que, a través de la crueldad que supone la muerte de un hombre ya sin remedio, desea saciar su rabia matando a los pueblos creyentes?

Ladra, no dialoga, quien reniega del Autor de la palabra y entremezcla en su sacrílega conversación ruidos de bestia, no confesando a Jesús como el único Señor que nos conduce a la vida eterna. Cuando la lucha apareció sobre el mundo es cuando hemos oído sus ladridos. Él enseñaba sus dientes feroces, sus labios hinchados y creía haber quitado a todos aquella voz que sólo él había perdido.

Y así, para que podamos vencer a estos lobos, el Señor nos enseña cómo nos debemos conducir, diciendo: *No llevéis bolsa, alforja ni sandalias*, El significado de que no hay que llevar bolsa ya lo expresó claramente en otro pasaje; en efecto, Mateo lo dejó escrito al recoger la sentencia que dirigió el Señor a los discípulos: *¡No tengáis oro ni plata!* (Mt 10,9). Si se nos prohíbe tener oro, ¿cómo hallar una explicación al robo y a la injusticia? Si se te manda dar lo que tienes, ¿cómo explicar el coger lo que no es tuyo? *Tú que predicas que no se debe robar, ¿robas? Tú que dices que no hay que adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿te apropias de los despojos de los templos? Tú que te glorías en la Ley, ¿ofendes a Dios transgrediendo la Ley? Por causa vuestra se blasfema del nombre de Dios* (Rm 2,21-23).

El apóstol Pedro no era de éstos; él fue el primero en practicar el consejo divino para demostrar que el precepto del Señor no había caído en el vacío, y así, cuando aquel pobre le pidió que le diera una limosna, le respondió: *No tengo oro ni plata* (Hch 3,6). Él se gloriaba de no tener oro ni plata, y en cambio, ¿va a ser una gloria para vosotros el desear más de lo que tenéis? Existe, en verdad, una pobreza gloriosa, ya que esta pobreza nos comunica felicidad, como está escrito: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (Mt 5,3); sin embargo, no se gloriaba tanto de no tener oro ni plata como de cumplir el mandato del Señor, que le ordenó que *no tuviera oro* (Mt 10,9), que es lo mismo que decir: Date cuenta que soy discípulo de Cristo, ¿cómo me pides oro? Él nos ha dado otras realidades más preciosas que el oro; el poder actuar en su nombre. Y así no tengo lo que Él no me ha dado, pero poseo lo que me concedió: *En el nombre del Señor Jesús, levántate y anda*.

Por tanto, de la misma manera que la autoridad de la sentencia del Señor prohíbe construir graneros al que quiere amontonar trigo (Lc 12,16), así, aquel que se esfuerza en hacerse con una bolsa para guardar oro, se hace reo de culpa y reprensión.

No llevéis alforja ni sandalias. Ambas cosas suelen elaborarse con cuero de animales muertos; y Jesús, nuestro Señor, no quiere que haya en nosotros nada que sea mortal. Y por eso dijo a Moisés: *Quita las sandalias de tus pies; que el lugar en que estás es tierra santa* (Ex 3,5). Y en el momento de recibir el encargo de salvar al pueblo, se le prescribe que se quite el calzado mortal y terreno; pues aquel al que se encarga tal función, no debe temer nada ni debe cumplir con tardanza el oficio que le han encomendado, por miedo a la muerte. En efecto, cuando espontáneamente Moisés tomó el encargo de defender a sus hermanos, es decir, a los judíos, él abandonó la empresa por temor a ser denunciado y huyó de Egipto. Pero el Señor, conociendo su disposición y teniendo en cuenta

sobre todo su debilidad, creyó oportuno quitar de su alma todo rastro de temor a la muerte.

Por eso, si alguno se deja llevar por la razón de que en Egipto se manda comer el cordero teniendo los pies calzados, mientras que los apóstoles fueron enviados a predicar el Evangelio sin calzado, ese tal debe considerar que el que come en Egipto todavía está expuesto a las mordeduras de las serpientes —y, a la verdad, en Egipto hay una gran abundancia de venenos—, y el que celebra la Pascua como un símbolo, puede recibir alguna herida, mientras que solamente el servidor de la verdad es el que es capaz de neutralizar el veneno, y nada teme. Y así, cuando una víbora mordió a Pablo en la isla de Malta (Hch28, 3ss) y los habitantes del lugar la vieron suspendida de su mano, creyeron que le iba a causar la muerte, no obstante, al darse cuenta que estaba completamente sano, le tomaron por un dios, a quien ningún daño podía causar el veneno. Y para que veas que todo esto responde a la realidad, lo confirmó el Señor diciendo: *He aquí que os he dado la potestad de andar sobre serpientes y escorpiones y sobre toda potencia enemiga, y nada os dañará* (Lc10, 19).

Los discípulos no recibieron la orden de llevar en sus manos bastones; eso es lo que Mateo creyó que debía escribir (Mt 10,10). Y ¿qué otra cosa es la vara, sino un emblema del poder y un instrumento para vengar el dolor? Me parece que el mandato de un Señor humilde —en realidad, *en la humillación es donde fue exaltado su juicio* (Is 53,8)—, debe ser cumplido por los discípulos practicando la humildad; en efecto, les envió para predicar la fe, pero no obligando, sino enseñando; no implantándola por la fuerza, sino predicándola con la doctrina de la humildad. Y juzgó que a esa humildad había que unir la paciencia, ya que también El, como nos lo atestigua Pedro, *cuando era ultrajado, no respondía con injurias, y cuando era atormentado, no amenazaba* (1 P 2,23). Queriéndonos decir contestó: *Imitadme*; deponed los deseos de venganza, contestad a los golpes de los que os castigan sin devolver injurias, antes dad muestras de una paciencia magnánima. Nadie debe imitar aquello que censura en otro; y, en verdad, la mansedumbre es la peor injuria que se puede devolver a los insolentes. Con esta clase de venganza quiere el Señor que respondamos al que nos golpea, y así nos dice: *Al que te pegue en una mejilla, ofrécele la otra* (Mt 5,39). Porque así acontece que ese tal se condena a sí mismo y su corazón es como punzado por un aguijón, cuando se da cuenta que es objeto de atenciones como respuesta a su injuria.

Con todo, también tiene el poder de enviar a algunos apóstoles con la vara, como lo atestigua Pablo cuando dice: *¿Qué preferís? ¿Que vaya a vosotros con la vara o con amor y espíritu de mansedumbre?* (1 Co 4,21). Y el propio Apóstol entregó esta misma vara a Timoteo diciéndole: *Arguye, enseña, increpa* (2 Tm 4,2). Es posible que antes de la pasión del Señor, que fue quien robusteció los corazones vacilantes de los pueblos, solamente fuese necesaria la mansedumbre, y que ya después fuese también imprescindible la corrección. Ciertamente el Señor logra ablandar esa increpación de Pablo, y le entrega la persuasión como el medio más eficaz para convertir los corazones más duros, y le da también la potestad de argüir por si no puede conseguirlo todo con la persuasión. En efecto, Pablo había tomado la vara de la Ley, pues él conocía, por haberlo leído, que *el que no usa la vara, odia a su hijo* (Pr 13,24). También conocía el hecho de que a los que comían el cordero se les prescribía, por una ordenación profética, que tuviesen un báculo en sus manos (Ex 12,11). Y por eso el Señor en el Antiguo Testamento dijo: *Castigaré con vara sus rebeliones* (Sal 88,33); mientras que en el Nuevo se ofreció a sí mismo para reparar por todos: *Si me buscáis a Mí, dejad ir a éstos*(Jn 18, 8); y en otra parte has visto que, cuando los apóstoles querían pedir que bajara fuego del cielo para consumir a los samaritanos, que no se habían dignado recibir al Señor Jesús en su ciudad, volviéndose a ellos los increpó diciendo: *No sabéis de qué espíritu sois; pues el Hijo del hombre no vino a perder a los hombres, sino a salvarlos* (Lc 9,54ss).

Los más perfectos son fácilmente gobernados sin necesitar castigo, aunque los más débiles

precisen de él. Pero aun el mismo Pablo, que amenaza con la vara, visita con mansedumbre a los pecadores. Y con objeto de hacerte ver que es un doctor manso, él toma consejo de la voluntad de aquellos mismos a los que debe corregir: *¿Qué preferís —les dice—, que vaya a vosotros con la vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?* (1 Co 4,21). Sólo habla una vez de la vara, sin embargo, las otras realidades más agradables las cita por duplicado, uniendo la caridad a la mansedumbre. Y aunque la amenaza está en primer lugar, sin embargo, lo hace con paciencia, ya que, en la segunda epístola a los Corintios, les escribe: *Pongo a Dios por testigo sobre mi alma de que, por amor vuestro, no he ido todavía a Corinto (2 Co 1,23); escucha ahora la razón por la que ha obrado así: Para no ir a vosotros —les dice— en espíritu de tristeza (ibíd., 2,2). Así, pues, abandona la vara y toma en su lugar una disposición amorosa.*

Y no saludéis a nadie en el camino. Quizás a alguno esta actitud le parezca dura y altanera y que no está muy de acuerdo con el precepto de un Señor manso y humilde; puesto que Él fue quien aconsejó que se debía ceder el puesto en los banquetes (Lc 14,7ss) y ahora manda a sus discípulos que *no saluden a nadie en el camino*, cuando precisamente el saludo es una costumbre general. Y así como los inferiores acostumbran a ganarse el favor de sus superiores, así también los gentiles tienen para con los cristianos esas muestras de educación.

Pues, ¿cómo va el Señor a abolir esta buena costumbre de los hombres?

Pero date cuenta que no dice sólo: *No saludéis a nadie*, sino que añade, y no en vano: *en el camino*. También Eliseo, cuando envió a su siervo a imponer su báculo sobre el cuerpo del niño difunto, le ordenó que no saludase a nadie en el camino (2 R 4,29), ya que le mandaba ir con rapidez para que llevase a cabo la resurrección que le había encargado, y no se apartase de ese quehacer por quedarse a hablar con cualquiera que pudiese salirle al encuentro. En realidad, en este pasaje no se pretende proscribir la prontitud en el saludo, sino que se quiere quitar el obstáculo de una obligación que se debe cumplir, con el fin de enseñarnos que, cuando existe un precepto divino, se debe considerar el humano como secundario. El saludo es, ciertamente, una hermosa costumbre, pero el cumplir prontamente las órdenes de Dios es algo todavía más hermoso, y su demora lleva consigo, muchas veces, una ofensa. Y aun la buena educación se ha de condenar, a veces, para que la gracia divina no sufra detrimento, o aquélla sea un impedimento para cumplir un deber, ya que con esa tardanza se cometería una falta.

Hay otra virtud que se desprende de este pasaje, y es la de no pasar de una casa a otra llevado de un sentir vagabundo, y esto con el fin de que guardemos la constancia en el amor a la hospitalidad y no rompamos con facilidad la unión de una amistad sincera, antes bien llevemos ante nosotros el anuncio de la paz, de suerte que nuestro arribo sea saludado con una bendición de paz, contentándonos con comer y beber lo que nos presentaren, no dando lugar a que se menosprecie el símbolo de la fe, y predicando el Evangelio del reino de los cielos, sacudiendo el polvo de los pies si alguien nos juzgase indignos de ser hospedados en su ciudad.

También nos enseña que los que no quieran aceptar el Evangelio, se harán reos de penas más graves que los que creyeron que la Ley se podía violar a la manera de Tiro y Sidón, que no hubieran dejado de remediar su mal con la penitencia si hubieran visto tantas maravillas y gracias del cielo. Pero, en verdad, ni se debe comparar esta prosperidad y vanidad del mundo a los dones celestiales, ni se debe abandonar al hombre sin remedio, ya que cada uno tiene la posibilidad de arrepentirse. Y cuando llegó el tiempo, descorrió el velo del misterio celestial, es decir, se complació en revelar su gracia a los pequeños con preferencia a los sabios de este mundo (Mt 11,25), que es lo mismo que expone el apóstol Pablo con más detalle cuando dice: *¿No ha hecho Dios necedad la sabiduría de este mundo? Porque el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría de Dios, plugo al mismo*

Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (1 Co 1,20ss).

Por “pequeño” debemos entender a aquel que no sabe envanecerse ni elogiar su prudencia con palabras engañosas, como hacen los filósofos. Pequeño era ciertamente aquel que dijo: *No se ensoberbece, Señor, mi corazón, ni son altaneros mis ojos; no corro detrás de grandezas ni tras de cosas demasiado altas para mí* (Sal 130,1). Y para que entiendas que este tal no era pequeño de edad o corto de inteligencia, sino que se hacía pequeño por la humildad y por una depuesta jactancia, añadió: *Pero he levantado mi alma. ¿No ves qué grande era este pequeño y sobre qué cima de virtudes se encontraba? Y así es como nos quiere el Apóstol, y por eso nos dice: Si alguno entre vosotros cree que es sabio, según este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio; porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios* (1 Co3,18ss).

Y cuando Él dice que todo se lo ha entregado el Padre, nos muestra la lógica de este hermosísimo pasaje de la fe. Así, al leer *todo*, debes reconocer que es omnipotente, que no es distinto, ni tiene una naturaleza diversa de la del Padre; y cuando lees “se le ha entregado”, confiesas que Él es el Hijo de quien todo es propio por naturaleza y por derecho de la unidad de la sustancia, y no que sea algo que se le haya dado como por gracia. Y por eso añadió: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, o aquel a quien el Hijo quiera revelárselo.*

Ahora recuerdo que he expuesto este punto en los libros en que he tratado acerca de la fe. Y para que veas que, como el Hijo revela a su Padre a los que quiere, así también el Padre revela a su Hijo a los que le place, escucha al mismo Señor, que, alabando a Pedro porque le confesó Hijo de Dios, le dice: *Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no es la carne y sangre quien te ha revelado eso, sino mi Padre que está en los cielos* (Mt 16,17).

Este texto pone al descubierto a aquellos que se creen peritos en la Ley y que conocen la letra, pero ignoran su espíritu, y precisamente a ellos es a quienes va dirigido. Y ya desde el primer capítulo de esa Ley nos demuestran que no la conocen, puesto que dicha Ley, desde su comienzo, no hace más que predicar al Padre y al Hijo, anunciando también el misterio de la Encarnación del Señor, con estas palabras: *Amarás al Señor tu Dios y amarás al prójimo como a ti mismo.*

Por eso el Señor dijo al legisperito: *Haz esto y vivirás.* Pero él, que no sabía quién era su prójimo porque no conocía a Cristo, respondió: *¿Quién es mi prójimo?* De aquí concluimos que quien no conoce a Cristo, tampoco conoce la Ley. Porque, ¿cómo es posible que conozca la Ley quien desconoce la verdad, cuando la Ley es precisamente la que anuncia esta verdad?

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.7, 44-69, BAC, Madrid, 1966, pp. 366-379)

FRANCISCO – Ángelus 2013 – Homilías 18.X.13, 14.II.14, 5.II.15

Ángelus 2013

Nuestra alegría es ser discípulos y amigos de Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (Lc 10, 1-12.17-20) nos habla de que Jesús no es un misionero aislado, no quiere realizar solo su misión, sino que implica a sus discípulos. Y hoy vemos que, además de los Doce apóstoles, llama a otros setenta y dos, y les manda a las aldeas, de dos en dos, a anunciar que el Reino de Dios está cerca. ¡Esto es muy hermoso! Jesús no quiere obrar solo, vino a traer al mundo el amor de Dios y quiere difundirlo con el estilo de la comunión, con el estilo de la

fraternidad. Por ello forma inmediatamente una comunidad de discípulos, que es una comunidad misionera. Inmediatamente los entrena para la misión, para ir.

Pero atención: el fin no es socializar, pasar el tiempo juntos, no, la finalidad es anunciar el Reino de Dios, ¡y esto es urgente! También hoy es urgente. No hay tiempo que perder en habladurías, no es necesario esperar el consenso de todos, hay que ir y anunciar. La paz de Cristo se lleva a todos, y si no la acogen, se sigue igualmente adelante. A los enfermos se lleva la curación, porque Dios quiere curar al hombre de todo mal. ¡Cuántos misioneros hacen esto! Siembran vida, salud, consuelo en las periferias del mundo. ¡Qué bello es esto! No vivir para sí mismo, no vivir para sí misma, sino vivir para ir a hacer el bien. Hay tantos jóvenes hoy en la Plaza: pensad en esto, preguntaos: ¿Jesús me llama a ir, a salir de mí para hacer el bien? A vosotros, jóvenes, a vosotros muchachos y muchachas os pregunto: vosotros, ¿sois valientes para esto, tenéis la valentía de escuchar la voz de Jesús? ¡Es hermoso ser misioneros! Ah, ¡lo hacéis bien! ¡Me gusta esto!

Estos setenta y dos discípulos, que Jesús envía delante de Él, ¿quiénes son? ¿A quién representan? Si los Doce son los Apóstoles, y por lo tanto representan también a los obispos, sus sucesores, estos setenta y dos pueden representar a los demás ministros ordenados, presbíteros y diáconos; pero en sentido más amplio podemos pensar en los demás ministerios en la Iglesia, en los catequistas, los fieles laicos que se comprometen en las misiones parroquiales, en quien trabaja con los enfermos, con las diversas formas de necesidad y de marginación; pero siempre como misioneros del Evangelio, con la urgencia del Reino que está cerca. Todos deben ser misioneros, todos pueden escuchar la llamada de Jesús y seguir adelante y anunciar el Reino.

Dice el Evangelio que estos setenta y dos regresaron de su misión llenos de alegría, porque habían experimentado el poder del Nombre de Cristo contra el mal. Jesús lo confirma: a estos discípulos Él les da la fuerza para vencer al maligno. Pero agrega: «No estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están escritos en el cielo» (Lc 10, 20). No debemos gloriarnos como si fuésemos nosotros los protagonistas: el protagonista es uno solo, ¡es el Señor! Protagonista es la gracia del Señor. Él es el único protagonista. Nuestra alegría es sólo esta: ser sus discípulos, sus amigos. Que la Virgen nos ayude a ser buenos obreros del Evangelio.

Queridos amigos, ¡la alegría! No tengáis miedo de ser alegres. No tengáis miedo a la alegría. La alegría que nos da el Señor cuando lo dejamos entrar en nuestra vida, dejemos que Él entre en nuestra vida y nos invite a salir de nosotros a las periferias de la vida y anunciar el Evangelio. No tengáis miedo a la alegría. ¡Alegría y valentía!

El ocaso del apóstol

Homilía del 18 de octubre de 2013

Una peregrinación singular es la que indicó el Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 18 de octubre por la mañana en Santa Marta. Es la visita a las residencias donde se hospedan sacerdotes y religiosas ya ancianos. Se trata de auténticos “santuarios de apostolicidad y de santidad - dijo el Obispo de Roma- que tenemos en la Iglesia”, por lo tanto adonde vale la pena ir como “en peregrinación”. Esta indicación fue el punto de llegada de una reflexión que partió de la comparación entre las lecturas de la liturgia del día: el pasaje del Evangelio de Lucas (Lc 10, 1-9) -en el que se relata “el inicio de la vida apostólica”, cuando los discípulos fueron llamados y eran “jóvenes, fuertes y alegres”- y el pasaje de la segunda carta de san Pablo a Timoteo (2Tm 4, 10-17) en el que el apóstol, ya cercano al “ocaso de su existencia”, profundiza sobre el “final de la vida apostólica”. De

esta comparación se entiende que todo “apóstol tiene un inicio alegre, entusiasta, con Dios dentro; pero no se le ahorra el ocaso”. Y “a mí me hace bien pensar en el ocaso del apóstol”.

Por lo tanto, dirigió el pensamiento a “tres imágenes”: Moisés, Juan el Bautista y Pablo. Moisés es “ese jefe del pueblo de Dios, valiente, que luchaba contra los enemigos y luchaba también con Dios para salvar al pueblo. Es fuerte, pero al final se encuentra solo en el monte Nebo mirando la tierra prometida”, en la que en cambio no puede entrar. En cuanto a Juan Bautista, tampoco a él “en los últimos tiempos se le ahorran angustias”. Se pregunta si se ha equivocado, si ha tomado el verdadero camino, y a sus amigos les pide que vayan a preguntar a Jesús: “¿Eres tú o debemos esperar todavía?”. Está atormentado por la angustia; hasta el punto de que “el hombre más grande nacido de mujer”, como le definió Cristo mismo, acaba “bajo el poder de un gobernante débil, ebrio y corrupto, sometido al poder de la envidia de una adúltera y del capricho de una bailarina”.

Finalmente está Pablo, quien confía a Timoteo toda su amargura. Para describir su sufrimiento, el Obispo de Roma usó la expresión: “no está en el séptimo cielo”. Y propuso las palabras del apóstol: “Hijo mío, Demas me ha abandonado, enamorado de este mundo presente; Crescente se marchó a Galacia; Tito a Dalmacia; Lucas es el único que está conmigo. Toma a Marcos y tráelo contigo, pues me es útil para el ministerio. El manto que dejé, tráelo cuando vengas, y también los libros y los pergaminos. Alejandro, el herrero, se ha portado muy mal conmigo. Guárdate de él también tú, porque se opuso vehementemente a nuestras palabras”. El Papa prosiguió recordando el relato que Pablo hace del proceso: “En mi primera defensa, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje”. Una imagen que, según el Pontífice, contiene en sí el “ocaso” de todo apóstol: “solo, abandonado, traicionado”; asistido sólo por el Señor que “no abandona, no traiciona”, porque “Él es fiel, no puede renegar de sí mismo”.

La grandeza del apóstol está por lo tanto en hacer con la vida lo que Juan el Bautista decía: “es necesario que Él crezca y yo disminuya”. En efecto, el apóstol es aquél “que da la vida para que el Señor crezca. Y al final está el ocaso”. Fue así también para Pedro, a quien Jesús predijo: “Cuando seas viejo, te llevarán adonde tú no quieres ir”.

La meditación sobre las fases finales de la vida de estos personajes sugirió así al Santo Padre “el recuerdo de esos santuarios de apostolicidad y de santidad que son las residencias de los sacerdotes y de las religiosas”. Estructuras que acogen “a buenos sacerdotes y buenas religiosas, envejecidos, con el peso de la soledad, que esperan que venga el Señor a llamar a la puerta de sus corazones”. Lamentablemente tendemos a olvidar estos santuarios: “no son sitios bellos, porque uno ve qué nos espera”. Pero, al contrario, “si miramos más en lo profundo, son bellísimos”, por la riqueza de humanidad que hay dentro. Visitarles, por lo tanto, significa hacer “verdaderas peregrinaciones hacia estos santuarios de santidad y de apostolicidad”, en la misma medida de las peregrinaciones que se hacen a los santuarios marianos o a aquellos dedicados a los santos.

“Pero me pregunto, ¿nosotros, cristianos, tenemos deseo de hacer una visita -¡que será una verdadera peregrinación!- a estos santuarios de santidad y de apostolicidad que son las residencias de los sacerdotes y de las religiosas? Uno de vosotros me decía, hace días, que cuando iba a un país de misión, acudía al cementerio y veía todas las tumbas de los ancianos misioneros, sacerdotes y religiosas, allí desde hace 50, 100, 200 años, desconocidos. Y me decía: “Pero todos estos pueden ser canonizados, porque al final cuenta sólo esta santidad cotidiana, esta santidad de todos los días””.

En las residencias “estas religiosas y estos sacerdotes esperan al Señor un poco como Pablo: un poco tristes, realmente, pero también con una cierta paz, con el rostro alegre”. Precisamente por

esto hace “bien a todos pensar en esta etapa de la vida que es el ocaso del apóstol” Y, concluyendo, pidió rogar al Señor que custodie a los sacerdotes y a las religiosas que se hallan en la fase final de su existencia, a fin de que puedan repetir al menos otra vez: “sí, Señor, quiero seguirte”.

Adelante más allá de los obstáculos

Homilía del 14 de febrero de 2014

Caminar, seguir adelante, más allá de los obstáculos. Es ésta la actitud adecuada para el buen cristiano porque forma parte de su identidad. Es más, un cristiano que no camina, que no sigue adelante “está enfermo en su identidad”. El Papa Francisco volvió a repetir la invitación que a menudo dirige a los fieles que encuentra: “adelante, seguid adelante”. Y lo hizo al recordar a los patronos de Europa, Cirilo y Metodio, de quienes se celebraba su memoria. Como discípulos, fueron enviados a llevar el mensaje y su caminar, destacó el Papa, “nos hace reflexionar sobre la identidad del discípulo”.

Pero, se preguntó el Pontífice, “¿quién es el cristiano?”, “¿cómo se comporta el cristiano?”. Su respuesta fue: El cristiano “es un discípulo. Es un discípulo que es enviado. El Evangelio es claro: El Señor los envió, id, ¡seguid adelante! Esto significa que el cristiano es un discípulo del Señor que camina, que va siempre adelante. No se puede pensar en un cristiano quieto. Un cristiano que permanece quieto está enfermo en su identidad cristiana”.

Sin embargo, caminar para el cristiano significa también “ir más allá de las dificultades”. Para explicar esta afirmación el Papa Francisco hizo referencia a la lectura del día tomada de los Hechos de los Apóstoles (Hch 13, 46-49), en la que Pablo y Bernabé al ver que en Antioquía de Pisidia los judíos no les seguían “se marcharon con los gentiles: ¡adelante!”. Por lo demás, prosiguió el Pontífice, también Jesús en las bodas “obró así, siguió adelante: los invitados no llegaron, todos encontraron un motivo para no ir. ¿Dice Jesús que no hagamos fiesta? No. Id a los cruces de los caminos, de las calles e invitad a todos, buenos y malos. Así dice el Evangelio. ¿Pero también a los malos? Incluso los malos. ¡A todos!”.

Un segundo aspecto de la identidad del cristiano es que “debe permanecer siempre como un cordero”. El Papa Francisco se refirió al pasaje del Evangelio de Lucas proclamado poco antes (Lc 10, 1-9) y dijo: “El cristiano es un cordero y debe conservar esta identidad de cordero: “¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos”“. Es necesario, por lo tanto, permanecer como corderos y “no convertirse en lobos, porque a veces la tentación nos hace pensar: “esto es difícil, estos lobos son astutos y yo también seré más astuto que ellos”“. Por lo tanto permanecer como “cordero, no como tonto, sino cordero. Cordero, con la astucia cristiana, pero siempre cordero. Porque si tú eres cordero Él te defiende. Pero si te sientes fuerte como el lobo, Él no te defiende, te deja solo. Y los lobos te comerán crudo”.

“¿Cuál es el estilo del cristiano en este caminar como cordero?” se preguntó después el Papa ilustrando el tercer elemento que caracteriza la identidad cristiana. “La alegría”, fue su respuesta. Y continuó: “La alegría es el estilo del cristiano. El cristiano no puede caminar sin alegría. No se puede caminar como corderos sin alegría”. Una actitud que hay que mantener siempre, incluso ante los problemas, también “con los propios errores y pecados” porque “está la alegría de Jesús que siempre perdona y ayuda”.

El Evangelio, repitió el obispo de Roma, debe ser llevado al mundo por estos corderos que caminan con alegría. “No hacen un favor al Señor en la Iglesia esos cristianos que tienen un tiempo

de adagio quejumbroso, que viven siempre así, lamentándose de todo, tristes. Éste no es el estilo de un discípulo. San Agustín dice: ¡sigue, sigue adelante, canta y camina, con la alegría! Éste es el estilo del cristiano: anunciar el Evangelio con alegría”. En cambio “demasiada tristeza y también amargura nos llevan a vivir un así llamado cristianismo sin Cristo”. El cristiano no está nunca quieto: es un hombre, una mujer que camina siempre, que va más allá de las dificultades. Y lo hace con sus fuerzas y con alegría. “Que el Señor nos conceda la gracia de vivir como cristianos que caminan como corderos y con alegría”.

Yo cuidaré de ti

Homilía del 5 de febrero de 2015

La verdadera misión de la Iglesia no es poner en funcionamiento una eficiente máquina de ayudas, siguiendo el modelo de una ONG. El perfil del apóstol -que anuncia con sencillez y pobreza el Evangelio con el único auténtico poder que viene de Dios- se reconoce, en cambio, en la clara expresión de Jesús a los discípulos que volvían felices de la misión: «somos siervos inútiles». Y, así, el Papa reafirmó que la verdadera «misión de la Iglesia es curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, perdona todo, es padre, Dios es afectuoso y nos espera siempre».

En el pasaje evangélico de Marcos (Mc 6, 7-13) propuesto por la liturgia, recordó el Pontífice, «hemos escuchado cómo Jesús llama a sus discípulos» y los envía a «llevar el Evangelio: es Él quien llama». El Evangelio dice «que los llamó, los envió y les dio autoridad: en la vocación de los discípulos, el Señor da el poder: el poder de expulsar los espíritus impuros para liberar, para curar. Este es el poder que da Jesús». Él, en efecto, «no da el poder de proyectar o hacer grandes empresas»; sino «el poder, el mismo poder que tenía Él, el poder que Él había recibido del Padre, se lo entrega». Y lo hace con un «consejo claro: id en comunidad, pero para el viaje no llevéis nada más que un bastón, ni pan, ni alforja, ni dinero: ¡siendo pobres!».

«El Evangelio es tan rico y tan poderoso que no necesita formar grandes compañías, grandes empresas para ser anunciado». Porque el Evangelio «se debe anunciar siendo pobres, y el verdadero pastor es el que va como Jesús: pobre, a anunciar el Evangelio, con ese poder». Y «cuando el Evangelio se custodia con esta sencillez, con esta pobreza, se ve claramente que la salvación no es una teología de la prosperidad» sino que «es un don, el mismo don que Jesús había recibido para darlo».

El Papa Francisco volvió a proponer «esa escena tan hermosa de la sinagoga, cuando Jesús se presenta a los suyos: “He sido enviado para traer la salvación, para traer la buena noticia a los pobres, a los presos la liberación, a los ciegos el don de la vista. La liberación a todos los que están oprimidos y para anunciar el año de gracia, el año de alegría”». Precisamente este, dijo, «es el objetivo del anuncio evangélico, sin muchas cosas extrañas, mundanas». Jesús «envía así».

Y -se preguntó- «¿qué manda hacer» a los discípulos? ¿Cuál es su programa pastoral?». Sencillamente el de «atender, curar, levantar, liberar, expulsar los demonios: este es el programa sencillo». Que coincide, destacó el Papa Francisco, con «la misión de la Iglesia: la Iglesia que atiende, que cura». Tanto es así, recordó, que «algunas veces hablé de la Iglesia como de un hospital de campaña: ¡es verdad! ¡Cuántos heridos hay, cuántos heridos! ¡Cuánta gente necesita que sus heridas sean curadas!».

Por lo tanto, continuó el Papa, «esta es la misión de la Iglesia: curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, que Dios perdona todo, que Dios es padre, que Dios es afectuoso, que Dios nos espera siempre».

De su misión, destacó el Pontífice refiriéndose al Evangelio de Lucas (Lc 10, 17-20), «los discípulos volvieron felices» porque «no creían ser capaces de poder lograrlo». Y «decían al Señor: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”». Estaban justamente «felices porque este poder de Jesús, realizado con sencillez, con pobreza, con amor, daba buen resultado».

Precisamente la frase que los discípulos felices dirigieron a Jesús, según lo relatado en el Evangelio, «nos explica todo». Ellos decían: «Hemos hecho esto, y esto, y esto, y esto...». Así, después de escucharlos, Jesús cerró los ojos y dijo: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo». Una frase que revela cuál es «la guerra de la Iglesia: es verdad, tenemos que recoger ayudas y formar organizaciones que ayuden porque el Señor nos da los dones para esto»; pero, advirtió el Papa, «cuando olvidamos esta misión, olvidamos la pobreza, olvidamos el celo apostólico y ponemos la esperanza en estos medios, la Iglesia lentamente cae hacia una ONG y se convierte en una hermosa organización: poderosa pero no evangélica, porque falta ese espíritu, esa pobreza, esa fuerza de sanar».

Hay algo más: al regresar, Jesús lleva consigo a los discípulos «a descansar un poco, a pasar un día en el campo, a comer bocadillos con un refresco». En definitiva, el Señor quería «pasar juntos un poco de tiempo para festejar». Y juntos hablan de la misión que acababan de realizar. Pero Jesús no les dice: «Sois geniales. En la próxima salida, ahora, organizad mejor las cosas». Se limita a recomendar: «Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “somos siervos inútiles”» (Lc 17, 10).

En estas palabras del Señor, destacó el Papa Francisco, está el perfil del apóstol. Y, en efecto, «¿cuál sería la alabanza más bella para un apóstol?». He aquí la respuesta: «Ha sido un obrero del reino, un trabajador del reino». Precisamente «esta es la alabanza más grande, porque va por este camino del anuncio de Jesús, va a curar, a custodiar, a proclamar esta buena noticia y este año de gracia. A hacer que el pueblo vuelva a encontrar al Padre, a llevar la paz al corazón de la gente».

Como conclusión, el Papa invitó a leer este pasaje del Evangelio, subrayando «cuáles son las cosas más importantes para Jesús, para el anuncio del Evangelio: son estas, estas pequeñas virtudes». Y «luego es Él, es el Espíritu Santo quien lo hace todo».

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y Homilía 2010

Ángelus 2007

Todos los bautizados son misioneros de Cristo

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio de hoy (cf. Lc 10, 1-12. 17-20) presenta a Jesús que envía a setenta y dos discípulos a las aldeas a donde está a punto de ir, para que preparen el ambiente. Esta es una particularidad del evangelista san Lucas, el cual subraya que la misión no está reservada a los doce Apóstoles, sino que se extiende también a otros discípulos.

En efecto, Jesús dice que “la mies es mucha, y los obreros pocos” (Lc 10, 2). En el campo de Dios hay trabajo para todos. Pero Cristo no se limita a enviar: da también a los misioneros reglas de comportamiento claras y precisas. Ante todo, los envía “de dos en dos” para que se ayuden

mutuamente y den testimonio de amor fraterno. Les advierte que serán “como corderos en medio de lobos”, es decir, deberán ser pacíficos a pesar de todo y llevar en todas las situaciones un mensaje de paz; no llevarán consigo ni alforja ni dinero, para vivir de lo que la Providencia les proporcione; curarán a los enfermos, como signo de la misericordia de Dios; se irán de donde sean rechazados, limitándose a poner en guardia sobre la responsabilidad de rechazar el reino de Dios.

San Lucas pone de relieve el entusiasmo de los discípulos por los frutos de la misión, y cita estas hermosas palabras de Jesús: “No os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos, más bien, de que vuestros nombres estén escritos en los cielos” (*Lc* 10, 20). Ojalá que este evangelio despierte en todos los bautizados la conciencia de que son misioneros de Cristo, llamados a prepararle el camino con sus palabras y con el testimonio de su vida.

Deseo a todos, especialmente a los que sienten mayor necesidad, que puedan tomar vacaciones, para reponer las energías físicas y espirituales, y renovar un contacto saludable con la naturaleza. La montaña, en particular, evoca la elevación del espíritu hacia las alturas, hacia el “grado alto” de nuestra humanidad que, por desgracia, la vida diaria tiende a rebajar.

Que la Virgen María nos proteja siempre, tanto en la misión como en el merecido descanso, para que podamos realizar con alegría y con fruto nuestro trabajo en la viña del Señor.

Homilía 2010

Las características de la actividad misionera de la Iglesia

Plaza Garibaldi - Sulmona

En la segunda lectura de hoy, de la *carta a los Gálatas*, hemos oído una bellísima expresión de san Pablo, que es también un perfecto retrato espiritual de san Pedro Celestino: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo» (6, 14). Verdaderamente la cruz constituyó el centro de su vida, le dio la fuerza para afrontar las ásperas penitencias y los momentos más arduos, desde su juventud hasta la última hora: él fue siempre consciente de que de ella viene la salvación. La cruz también dio a san Pedro Celestino una clara conciencia del pecado, siempre acompañada de una conciencia igualmente clara de la infinita misericordia de Dios hacia su criatura. Contemplando los brazos abiertos de par en par de su Dios crucificado, él se sintió transportar al mar infinito del amor de Dios. Como sacerdote, experimentó la belleza de ser administrador de esta misericordia absolviendo a los penitentes del pecado y, cuando fue elevado a la sede del apóstol Pedro, quiso conceder una indulgencia especial, denominada *La Perdonanza*. Deseo exhortar a los sacerdotes a hacerse testigos claros y creíbles de la buena noticia de la reconciliación con Dios, ayudando al hombre de hoy a recuperar el sentido del pecado y del perdón de Dios, para experimentar esa alegría sobreabundante de la que el profeta Isaías nos ha hablado en la primera lectura (cf. *Is* 66, 10-14).

Finalmente, un último elemento: san Pedro Celestino, aun llevando una vida eremítica, no estaba «cerrado en sí mismo», sino que le movía la pasión de anunciar la buena noticia del Evangelio a los hermanos. Y el secreto de su fecundidad pastoral estaba precisamente en «permanecer» con el Señor, en la oración, como se nos ha recordado en el pasaje evangélico de hoy: el primer imperativo es siempre el de rogar al Señor de la mies (cf. *Lc* 10, 2). Y sólo después de esta invitación Jesús define algunos compromisos esenciales de los discípulos: el anuncio sereno, claro y valiente del mensaje evangélico —también en los momentos de persecución— sin ceder ni al atractivo de la moda ni al de la violencia o de la imposición; el desapego de las preocupaciones por las cosas —el

dinero y el vestido— confiando en la Providencia del Padre; la atención y solicitud en particular hacia los enfermos en el cuerpo y en el espíritu (cf. *Lc* 10, 5-9). Estas fueron asimismo las características del breve y sufrido pontificado de Celestino V y éstas son las características de la actividad misionera de la Iglesia en toda época.

Queridos hermanos y hermanas, estoy entre vosotros para confirmaros en la fe. Deseo exhortaros, con fuerza y con afecto, a permanecer firmes en esa fe que habéis recibido, que da sentido a la vida y que dona la fortaleza de amar. Que nos acompañen en este camino el ejemplo y la intercesión de la Madre de Dios y de san Pedro Celestino. Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Reino de Dios está cerca

541 “Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (*Mc* 1, 15). “Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos” (LG 3). Pues bien, la voluntad del Padre es “elevar a los hombres a la participación de la vida divina” (LG 2). Lo hace reuniendo a los hombres en torno a su Hijo, Jesucristo. Esta reunión es la Iglesia, que es sobre la tierra “el germen y el comienzo de este Reino” (LG 5).

542 Cristo es el corazón mismo de esta reunión de los hombres como “familia de Dios”. Los convoca en torno a él por su palabra, por sus señales que manifiestan el Reino de Dios, por el envío de sus discípulos. Sobre todo, él realizará la venida de su Reino por medio del gran Misterio de su Pascua: su muerte en la Cruz y su Resurrección. “Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (*Jn* 12, 32). A esta unión con Cristo están llamados todos los hombres (cf. LG 3).

El anuncio del Reino de Dios

543 *Todos los hombres* están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. *Mt* 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. *Mt* 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

«La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega» (LG 5).

544 El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir, a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para “anunciar la Buena Nueva a los pobres” (*Lc* 4, 18; cf. *Lc* 7, 22). Los declara bienaventurados porque de “ellos es el Reino de los cielos” (*Mt* 5, 3); a los “pequeños” es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. *Mt* 11, 25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. *Mc* 2, 23-26; *Mt* 21,18), la sed (cf. *Jn* 4,6-7; 19,28) y la privación (cf. *Lc* 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. *Mt* 25, 31-46).

545 Jesús invita a los *pecadores* al banquete del Reino: “No he venido a llamar a justos sino a pecadores” (*Mc* 2, 17; cf. *1 Tim* 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos

(cf. *Lc* 15, 11-32) y la inmensa “alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta” (*Lc* 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida “para remisión de los pecados” (*Mt* 26, 28).

546 Jesús llama a entrar en el Reino a través de las *parábolas*, rasgo típico de su enseñanza (cf. *Mc* 4, 33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. *Mt* 22, 1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. *Mt* 13, 44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. *Mt* 21, 28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. *Mt* 13, 3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. *Mt* 25, 14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para “conocer los Misterios del Reino de los cielos” (*Mt* 13, 11). Para los que están “fuera” (*Mc* 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cf. *Mt* 13, 10-15).

Los Apóstoles están asociados a la misión de Cristo

787 Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (cf. *Mc*. 1,16-20; 3, 13-19); les reveló el Misterio del Reino (cf. *Mt* 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (cf. *Lc* 10, 17-20) y en sus sufrimientos (cf. *Lc* 22, 28-30). Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre Él y los que le sigan: “Permaneced en mí, como yo en vosotros [...] Yo soy la vid y vosotros los sarmientos” (*Jn* 15, 4-5). Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: “Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (*Jn* 6, 56).

858 Jesús es el enviado del Padre. Desde el comienzo de su ministerio, “llamó a los que él quiso [...] y vinieron donde él. Instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (*Mc* 3, 13-14). Desde entonces, serán sus “enviados” [es lo que significa la palabra griega *apóstoloi*]. En ellos continúa su propia misión: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (*Jn* 20, 21; cf. *Jn* 13, 20; 17, 18). Por tanto su ministerio es la continuación de la misión de Cristo: “Quien a vosotros recibe, a mí me recibe”, dice a los Doce (*Mt* 10, 40; cf. *Lc* 10, 16).

859 Jesús los asocia a su misión recibida del Padre: como “el Hijo no puede hacer nada por su cuenta” (*Jn* 5, 19.30), sino que todo lo recibe del Padre que le ha enviado, así, aquellos a quienes Jesús envía no pueden hacer nada sin Él (cf. *Jn* 15, 5) de quien reciben el encargo de la misión y el poder para cumplirla. Los Apóstoles de Cristo saben por tanto que están calificados por Dios como “ministros de una nueva alianza” (2 *Co* 3, 6), “ministros de Dios” (2 *Co* 6, 4), “embajadores de Cristo” (2 *Co* 5, 20), “servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (1 *Co* 4, 1).

“El operario tiene derecho a su salario”

2122 “Fuera de las ofrendas determinadas por la autoridad competente, el ministro no debe pedir nada por la administración de los sacramentos, y ha de procurar siempre que los necesitados no queden privados de la ayuda de los sacramentos por razón de su pobreza” (CIC can. 848). La autoridad competente puede fijar estas “ofrendas” atendiendo al principio de que el pueblo cristiano debe contribuir al sostenimiento de los ministros de la Iglesia. “El obrero merece su sustento” (*Mt* 10, 10; cf. *Lc* 10, 7; 1 *Co* 9, 5-18; 1 *Tm* 5, 17-18).

u Reino”

II. Venga a nosotros tu Reino

2816 En el Nuevo Testamento, la palabra *basileia* se puede traducir por realeza (nombre abstracto), reino (nombre concreto) o reinado (de reinar, nombre de acción). El Reino de Dios es para nosotros lo más importante. Se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio,

llega en la muerte y la Resurrección de Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre:

«Incluso [...] puede ser que el Reino de Dios signifique Cristo en persona, al cual llamamos con nuestras voces todos los días y de quien queremos apresurar su advenimiento por nuestra espera. Como es nuestra Resurrección porque resucitamos en él, puede ser también el Reino de Dios porque en él reinaremos» (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 13).

2817 Esta petición es el *Marana Tha*, el grito del Espíritu y de la Esposa: “Ven, Señor Jesús”:

«Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?” (Ap 6, 10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino!» (Tertuliano, *De oratione*, 5, 2-4).

2818 En la Oración del Señor, se trata principalmente de la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo (cf *Tt* 2, 13). Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete. Porque desde Pentecostés, la venida del Reino es obra del Espíritu del Señor “a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo” (cf *Plegaria eucarística IV*, 118: *Misal Romano*).

2819 “El Reino de Dios [...] [es] justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (*Rm* 14, 17). Los últimos tiempos en los que estamos son los de la efusión del Espíritu Santo. Desde entonces está entablado un combate decisivo entre “la carne” y el Espíritu (cf *Ga* 5, 16-25):

«Solo un corazón puro puede decir con seguridad: “¡Venga a nosotros tu Reino!” Es necesario haber estado en la escuela de Pablo para decir: “Que el pecado no reine ya en nuestro cuerpo mortal” (Rm 6, 12). El que se conserva puro en sus acciones, sus pensamientos y sus palabras, puede decir a Dios: “¡Venga tu Reino!”» (San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae* 5, 13).

2820 Discerniendo según el Espíritu, los cristianos deben distinguir entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en las que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz (cf GS 22; 32; 39; 45; EN 31).

2821 Esta petición está sostenida y escuchada en la oración de Jesús (cf *Jn* 17, 17-20), presente y eficaz en la Eucaristía; su fruto es la vida nueva según las Bienaventuranzas (cf *Mt* 5, 13-16; 6, 24; 7, 12-13).

El camino para seguir a Cristo pasa por la cruz

555 Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para “entrar en su gloria” (*Lc* 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías (cf. *Lc* 24, 27). La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios (cf. *Is* 42, 1). La nube indica la presencia del Espíritu Santo: *Tota Trinitas apparuit: Pater in voce; Filius in homine, Spiritus in nube clara* (“Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa” (Santo Tomás de Aquino, *S.th.* 3, q. 45, a. 4, ad 2):

«En el monte te transfiguraste, Cristo Dios, y tus discípulos contemplaron tu gloria, en cuanto podían comprenderla. Así, cuando te vieses crucificado, entenderían que padecías libremente, y anunciarían al mundo que tú eres en verdad el resplandor del Padre» (Liturgia bizantina, Himno Breve de la festividad de la Transfiguración del Señor)

1816 El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: “Todos [...] vivan preparados para confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia” (LG 42; cf DH 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: “Todo [...] aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 32-33).

2015 “El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas:

«El que asciende no termina nunca de subir; y va paso a paso; no se alcanza nunca el final de lo que es siempre susceptible de perfección. El deseo de quien asciende no se detiene nunca en lo que ya le es conocido» (San Gregorio de Nisa, In Canticum homilia 8).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Designó otros setenta y dos discípulos

El Evangelio de hoy comienza con una noticia: «En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él».

Se nos ha preguntado precisamente cómo fueron setenta y dos; y la respuesta que se da, en general, es que setenta y dos (o setenta) era el número de las naciones paganas conocidas por la Biblia. Mas, Jesús envía a estos discípulos «a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él», esto es, a Israel, no a los paganos, sin contar que para Lucas la misión a los paganos comienza sólo con Pentecostés. Posiblemente, en este caso, el número no sea simbólico sino real. Jesús envía a setenta y dos discípulos porque eran tantos cuantos disponía. Él envía a todos los que le siguen con una cierta continuidad y que se habían hecho disponibles para tal tarea. En todo caso, Lucas distingue esta misión de la precedente, dirigida a los doce apóstoles (cfr. *Lucas* 9, 1-6). Y esto es importante, porque quiere significar que no son sólo los apóstoles y, hoy, sus sucesores, obispos y sacerdotes, los que son enviados para evangelizar sino todos los discípulos. El Concilio Vaticano II lo ha dicho con toda claridad: «La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado» (Decreto *sobre el apostolado de los laicos*, 2).

Una vez manifestado que el discurso de Jesús está dirigido a todos los bautizados, podemos introducir ahora en su lectura y escuchar las consignas y las directrices, que Jesús da a sus mensajeros sabiendo que están dirigidas, asimismo, a nosotros. Él no comienza explicando qué deben decir sino cómo deben ser:

«¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: “Paz a esta casa”. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros».

Un día (era cerca del año 1208) este mismo fragmento del Evangelio era escuchado por un joven en una iglesia durante la Misa. Movido por una misteriosa invitación de la gracia, había abandonado hacía poco su vida rica e irreflexiva; pero, aún no sabía qué debía hacer. Estaba en búsqueda. Al escuchar aquellas palabras, fue como si Jesús en persona le hubiese hablado allí. Vuelto hacia un compañero, que le seguía, exclamó: «¡Esto quiero, esto pido, esto anhelo hacer con todo el corazón!» Y, permaneciendo sentado, se desata el calzado de los pies, arroja el bastón, sustituye el cinturón por una cuerda y se pone en camino. Habéis ya entendido: era Francisco de Asís.

Jesús no pide indistintamente a todos una radicalidad como ésta. De otro modo, ¿cómo podría estar dirigida su invitación a los casados o a los que se sienten llamados al matrimonio? Lo que exige de todos es hacer propio el espíritu de sus recomendaciones.

Ir «como ovejas en medio de lobos» (cfr. *Juan* 10, 12ss.), esto es, con mansedumbre, no con la fuerza o la prepotencia o la arrogancia. Esto condena todo conato de imponer el Evangelio por la espada y por la violencia. Además, la asistencia divina y la victoria, notaba san Juan Crisóstomo, se han prometido a los discípulos hasta que haya ovejas; apenas se transforman en lobos llegan a ser de las perdedoras o perjudicadas. El poder es más bien un obstáculo que una ayuda para la difusión del Evangelio, a menos que no sea el poder o la potencia del Espíritu Santo.

Otra exigencia es el desprendimiento: nada de talega o bolsa, ni de alforja. No se puede predicar el Evangelio para ganar dinero y enriquecerse. Sería traicionarlo en aquello que constituye su más íntima esencia. Sería como si yo dijese a los demás: «Buscad las cosas de arriba», mientras que yo busco para mí las cosas de acá abajo; «entrad por la puerta estrecha» mientras que yo introduzco por la ancha. Nadie, creo, osaría decir hoy que la Iglesia ha sido siempre irreprochable en este punto y que los ministros de Dios, a veces, no se hayan dejado tentar penosamente por el dinero. Pero, la Iglesia ha demostrado poseer también en sí misma el remedio contra este mal: los santos, los profetas, los reformadores, que en el momento oportuno han levantado la voz contra los abusos, incluso los de la cima de la jerarquía, y han obligado a hacer de nuevo las cuentas con el Evangelio. El peligro serio está en las siete históricas y en ciertas nuevas órdenes religiosas donde todo hace referencia al fundador, el cual no responde ante ninguno de su quehacer y en donde nadie puede ni casi respirar. Nacen verdaderos y propios imperios financieros al amparo del nombre de Cristo. El contenido mismo del Evangelio viene trastornado; se exalta el éxito y la riqueza; el Evangelio de la pobreza llega a ser el «evangelio de la prosperidad».

Y vengamos, ahora, a lo que los «misioneros» deben *decir*. Jesús lo resume en una frase: «Decid: “Está cerca de vosotros el reino de Dios”».

Expresar que «el Reino de Dios está cerca», en aquel momento, significaba decir: «Dios ha descendido sobre la tierra, la hora decisiva de la historia ha sido lanzada; la salvación está al alcance de la mano: ¡no la dejéis desaparecer! Creed en la buena noticia». Hoy el equivalente de este anuncio podría ser: «¡Dios te es favorable, te ama; también, en el dolor te está cerca; tu vida tiene un sentido y un fin maravilloso: ven y descúbrelo con nosotros en el Evangelio y en la Iglesia!» Y, dado que después de la Pascua, el reino de Dios se identifica ya con Cristo, muerto y resucitado, aquel anuncio podría sonarnos también así: «Cristo ha muerto por ti, te ha liberado: acéptalo como tu Señor y salvador personal».

Sé bien que no siempre le es posible a un creyente hacer este tipo de disertaciones. Pero, hay modos más sencillos. Muchos simplemente han descubierto a Jesús porque alguno un día los ha invitado a participar en un determinado encuentro, a leer un cierto libro, a escuchar una determinada

cinta o un radiocassette. Esto lo puede hacer cualquiera. El mismo príncipe de los apóstoles, Simón Pedro, conoció a Jesús gracias a su hermano Andrés, que lo había encontrado primero que él y le había hablado (cfr. *Juan* 1,40 s.).

Una muchacha «creyente, pero sin compromiso» ha contado cómo ha llegado a descubrir a Cristo. Estaba en el extranjero para un año de perfeccionamiento post-universitario. Amigos de un grupo bíblico le invitan a un encuentro. Descubre que allí hay un modo distinto de conocer a Cristo; pero, se defiende. Tiene toda una habitación para ella, es libre; está en el extranjero; el estudio no le pesa. Le parece no desear nada más de la vida. Una tarde, un amigo del grupo bíblico, antes de dejarla, le cita las palabras del Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (*Apocalipsis* 3,20). Habiendo permanecido sola, aquella palabra, ante todo, le suena como una amenaza; pero, después, entiende que es una invitación. Se pone de rodillas y ora: «Señor, si eres tú quien me llama, pues bien, entra: te doy permiso para entrar en mi vida y hacer lo que quieras». Al día siguiente, se despierta con una alegría en el corazón jamás probada y que, desde entonces, ya no la ha abandonado nunca. Su vida ha cambiado y no piensa más que en hacer que otros hagan su experiencia.

Esta sencilla práctica nos hace entender dos cosas. Primero, esta muchacha ha llegado a la fe porque alguno ha tomado en serio la invitación de Jesús de anunciar el reino de Dios y lo ha puesto en práctica con ella. Segundo, que es perfectamente inútil pedir a los laicos llegar a ser evangelizadores, si, primero, no se les ayuda a realizar ellos mismos en su vida un encuentro personal, decisivo, con la persona de Cristo. Hasta que no tiene lugar este «contacto» íntimo, el deber de evangelizar le suena a un cristiano normal como una cosa remota, abstracta, superior a sus fuerzas. En la mejor de las hipótesis, se esforzará en hacerlo; pero, como un deber, como un peso más, justamente porque le viene repetido por todas partes que debe hacerla. Cuando aquel encuentro tiene lugar y se «está atado por Cristo» evangelizar no es ya una obligación más sino una necesidad del corazón, una exigencia de amor hacia Cristo y hacia los hermanos. Es fuente de algún sacrificio; pero, también, de purísimas alegrías.

Hay un detalle del Evangelio, que hasta ahora he dejado aparte: «Les mandó... de dos en dos». Les manda de dos en dos para inculcar de este modo la caridad, porque, explicaba san Gregorio Magno, «no puede haber caridad a no ser que sea entre dos personas». Los discípulos de Cristo antes de todo deben evangelizar mediante el testimonio del amor recíproco. «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Juan* 13, 35).

Pero, hoy, en el contexto de la misión de los laicos, este particular puede tener también otra aplicación. ¡Evangelizar de dos en dos, esto es, como pareja, marido y mujer juntos! Este testimonio tiene un valor muy particular. Hay cada vez más parejas que lo hacen, no sólo animando en cursos de preparación al matrimonio, sino también en verdaderos y propios encuentros de evangelización. Y esto tiene un poder único, que no tenemos nosotros, los sacerdotes, y no tiene nadie más. Los laicos saben qué significa tener familia y los problemas que acarrea la educación de los hijos. Cuando oyen el Evangelio, explicado y aplicado por quien vive su misma situación, se convencen entonces que es posible. Dicen dentro de sí: si es posible para ellos, ¿por qué no lo es para nosotros?

A todos sus testigos, sacerdotes o laicos, individuos o parejas, Jesús repite hoy lo que dijo a los setenta y dos discípulos de retorno de su misión: «Estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Talante de apóstol

El pasaje de san Lucas que nos ofrece la Iglesia en su Liturgia de este domingo, es de gran utilidad para nuestra meditación; pues los cristianos deseamos ardientemente extender, más y más en el mundo, el mensaje y la vida que el Hijo Dios vino a entregarnos como inapreciable tesoro para toda la humanidad.

Reparamos primeramente en el interés de Jesús por nosotros: en ese cuidado por facilitarnos las cosas, preparando una buena acogida al Evangelio de la salvación de los hombres. Para ello envía por delante a un grupo numeroso de discípulos, para que su posterior presencia y sus palabras fueran más eficaces: si la gente había tenido con antelación alguna noticia de Él, comprenderían mejor el sentido de sus palabras y de sus obras. No había tiempo que perder **–la mies es mucha, pero los obreros pocos–**; convenía, pues, organizar el trabajo apostólico del modo más eficaz.

En todo caso, advierte a aquellos primeros discípulos **–colaboradores suyos en la propagación de la Gran Noticia de la Salvación prevista por el Creador para todos los hombres–**, la súplica a Dios, rogándole más trabajadores para la Empresa evangelizadora, debe ser lo primero. Se trata, en efecto, de una tarea que excede con mucho las capacidades de quienes a ella se dedican materialmente. Nunca será suficiente la sola gestión apostólica: hablar, moverse, insistir, convencer a unos y otros gracias a un cierto talento para ser persuasivos... Ya lo advertía el Espíritu Santo por un salmo: **Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los constructores**. Cuanto queremos que sea relevante para la Vida Eterna, debemos llevarlo a cabo con la fuerza que Dios nos da: con su Gracia. Y no quiere negar nuestro Padre Dios a sus hijos esa ayuda que con sencillez y confiados le suplican.

Para que no tuvieran duda alguna de la necesidad imprescindible de esa Fuerza del Cielo, insiste Jesucristo en su advertencia, haciéndoles ver que no lo tendrán fácil. La imagen es muy gráfica: serán ellos como **ovejas** entre **lobos**. Encontrarán de ordinario oposición a sus palabras. Recordemos que, no pocas veces, fueron perseguidos hasta la muerte cuantos practicaban y difundían el Evangelio. Sin embargo, con igual rotundidad les garantiza el éxito en su misión. Regresan, en efecto, triunfantes y gozosos habiendo experimentado la verdad de las palabras de Cristo. Experiencia, por otra parte, no ausente de sacrificios; pues, no debieron poner su confianza en los instrumentos humanos, que tan razonablemente y con tanto esmero se preparan y aseguran para las empresas humanas. **No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias**, les dice: ni siquiera lo que puede parecer más imprescindible será necesario. Lo único verdaderamente necesario e imprescindible es el auxilio divino.

Aprovechemos este día para preguntarnos, en el silencio de nuestra meditación ante nuestro Padre Dios, si nos sentimos también, en medio de nuestro mundo y de nuestros quehaceres de cada día, enviados como aquellos **setenta y dos** a preparar como mejor sepamos las almas de amigos y conocidos, que deben dar una respuesta más afirmativa y generosa a los requerimientos del Cielo. ¡Cuántos cambiarían...! Bastantes perderían parte **–al menos–** de su cómoda tranquilidad y sentirían la urgencia de complicarse la vida, de renunciar a esa paz pasiva, al descubrir la apasionante belleza de extender el Reino de Dios en el mundo. Pronto iban a comprobar **–tal vez con sorpresa–**, que nada de aquello tan apetecible, o que en otro tiempo parecía vital, es en realidad necesario. Más bien se cae en la cuenta de que lo único verdaderamente necesario, es cumplir la voluntad de Dios, amarle sobre todas las cosas, y así aseguramos la felicidad en esta vida y la Bienaventuranza Eterna.

Nuestra Madre del Cielo es también Reina de los Apóstoles. ¡Dejémonos gobernar por nuestra **Reina y Madre!** Con suavidad y fortaleza sabe conducirnos al cumplimiento de los deseos del Señor en el trato con nuestros iguales. Podremos así entender —con su ayuda— que, en todo apostolado, lo primero es la oración y, todo lo demás, debe ser consecuencia de ella.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Todos los cristianos en misión

Los Evangelios de estos tres últimos domingos constituyen una especie de trilogía; están ligados entre sí y desarrollan un pensamiento unitario. Primero, nos fue presentada la persona de Jesús, o sea aquel de quien parte la llamada (XII dom.), después, la llamada misma de Jesús, su: *¡Sígueme!*, que nos enseñó a ver la vida cristiana como vocación (XIII dom.); hoy, finalmente, nos son revelados el fin y la coronación de la vocación que es la misión. Jesús llama para enviar a predicar: es Lucas quien pensó en transmitimos esa enseñanza, reuniendo en el orden dicho las palabras que llegaron hasta él.

El fragmento de hoy contiene precisiones importantes sobre la misión; dice que Jesús, esta vez, no envió sólo a los “Doce” (cf. Mc. 3,14), sino a setenta y dos discípulos, vale decir casi todos los que tenía en ese momento, o, por lo menos, los que lo seguían con cierta asiduidad y constancia. Se trata de la misión “a las ciudades y aldeas vecinas”: la misión, por así decirlo, “interna”. No hace falta un gran esfuerzo para reconocer en este Evangelio un llamado dirigido a todos los bautizados: no se hace notar a los obreros que ya están en el campo que la mies es mucha y ellos son pocos (¡se desanimarían!) sino a los otros para que vayan al campo. Por consiguiente, este es un discurso misionero destinado a todo el pueblo cristiano. Escuchémoslo bien, porque tal vez nos haga cambiar la idea que tenemos acerca de qué es la misión y quiénes son los misioneros.

Cada año, en octubre, celebramos el día de las misiones, y, en esa ocasión, se presentan al pueblo cristiano las necesidades de las misiones para que rece y haga ofrendas. La atención se proyecta lejos, a los misioneros —en general sacerdotes y religiosas— que han ido a tierras lejanas a implantar la fe y la Iglesia. Pero es hora de que nos demos cuenta de que en la misión de la Iglesia se está produciendo una especie de revolución copernicana, un vuelco de perspectiva. La situación cambió respecto del momento en que nacieron las misiones; en la época de san Francisco, por ejemplo, que fue uno de los pioneros de las misiones en el exterior, había una Europa cristiana y el resto del mundo musulmán o pagano; la tarea era clara: llevar el Evangelio a los paganos (para san Francisco: los Sarracenos). Pero hoy ¿quiénes son los paganos y dónde están los países de misión? Es un error haber identificado tan rígidamente a los países de misión con los países del tercer mundo (¡como si la fe se identificase con el bienestar o con la civilización cristiana de Occidente!); hoy, esos países ya no quieren ser llamados “tierra de misión”; ¡intenten decírselo a un brasileño o un africano! Algunos de esos países son pobres en recursos económicos, pero más ricos que nosotros en fe. Nosotros no nos dimos cuenta a tiempo —o son pocos los que se dieron cuenta— de que la situación estaba cambiando, y que, desde el punto de vista de la fe, los bandos iban invirtiéndose: la fe crecía en los pueblos adonde habían ido los misioneros y en cambio disminuía en los pueblos de los que habían salido. Un obispo francés hizo tiempo atrás una propuesta: declarar a Francia tierra de misión. ¿Y a Italia no? Los mismos misioneros que regresan al país, después de varios años, se encuentran perdidos y quieren volver pronto a sus comunidades lejanas: ¡hay más fe —dicen— entre mis *indios!* Ya en el pasado había ocurrido algo semejante: la fe, salida de Palestina, debió regresar allí en misión (la Tierra Santa es actualmente la primera de las misiones católicas); también la fe

salida del continente europeo para convertir a Irlanda, después de las invasiones bárbaras volvió a Europa llevada allí por los monarcas irlandeses. ¡Tal vez no sea lejano el día en que el Evangelio y los sacerdotes regresen del África!

El país de misión está, entonces, aquí en medio de nosotros. Reduzcamos aún más el campo visual; miremos bien alrededor: ¿cómo es la población de nuestro barrio, en materia de fe y de práctica cristiana? “¡Nuestra iglesia está llena durante las Misas!” Sí, pero si uno solo de los edificios de la otra calle se volcara en nuestra iglesia, bastaría para llenarla. Seguimos explicando la parábola de la oveja perdida y no nos damos cuenta de lo mucho que cambió la situación respecto de la que expuso Jesús: ya no las noventa y nueve ovejas en el rebaño y una afuera, sino: una oveja en el rebaño y noventa y nueve afuera. Lo peor es que el pastor, en lugar de ir a buscar las noventa y nueve perdidas, se pasa casi todo el tiempo custodiando a la única que se quedó en el rebaño. Pensándolo bien, la pastoral actual de la Iglesia está casi totalmente dedicada a alimentar, más aún, a sobrealimentar —Misas, sacramentos, predicación— a los pocos que van espontáneamente a la iglesia. ¿Quién piensa en llevar la Misa y la palabra de Dios fuera de la iglesia o del oratorio, a las casas?

Ciertamente, esos “noventa y nueve” no son paganos; en general, fueron bautizados; pero se puede ser bautizado sin ser cristiano; de hecho, se puede estar registrado en algún libro de Bautismos, pero si no se hace nada ¿qué diferencia hay? Sí, la diferencia existe, pero es en contra de quien está bautizado; el peligro que corre es más grande que el que corre un pagano que nunca oyó hablar del Evangelio. Si al comienzo de las misiones la cuestión era implantar comunidades cristianas en un mundo de paganos, ahora se trata de crear comunidades de cristianos en medio de un mundo de bautizados; se trata de resucitar la fe y reavivar Bautismos olvidados.

Y ahora preguntémosnos: si el país de misión está aquí entre nosotros, ¿quiénes son entonces —o quiénes deben ser— los misioneros? ¿Sólo aquellos que, de vez en cuando, en esta iglesia, toman el crucifijo para ir a países lejanos? ¡Olvidémoslo! Van a seguir disminuyendo; los países del tercer mundo están formando su propio clero; los gobiernos rechazan cada más “visas de ingreso”; cada Iglesia local tendrá que ser responsable de su propia fe. Con el fin de la colonización, terminó también cierto tipo de misión.

¿Quiénes son, entonces, insisto, los misioneros? ¡Todos los que estamos aquí! Toda la comunidad cristiana, entendiendo por comunidad cristiana el conjunto de los bautizados que, por inexplicable don de Dios, vencieron al mundo y están aquí escuchando la palabra de Dios y nutriéndose del Cuerpo de Cristo. Pero no es como consecuencia de la simple situación de emergencia que atravesamos actualmente; es por naturaleza intrínseca: así quiso que fuera nuestro Maestro, que aquel que experimentara su salvación fuera a proclamarla a los demás, a partir de los de su casa: *¡Tú ve a anunciar el Reino de Dios!* (Lc. 9.60). La primitiva comunidad comprendió que ésta y otras palabras de Jesús iban dirigidas a todos los discípulos; por eso el apóstol Pedro recuerda a todos los cristianos que fueron llamados de las tinieblas a la luz “para anunciar las maravillas de aquel que los llamó” (1 Ped. 2.9). ¿Qué significa proclamar las óperas maravillosas de Dios, sino dar testimonio de lo maravilloso que Dios hizo en nuestra vida? San Pablo alababa a los cristianos de Tesalónica porque —decía— por medio de ellos la palabra había “resonado en toda Macedonia y Acaya” (cf. 1 Tes. 1,8); ellos no escucharon pasivamente la palabra del Evangelio, sino que se convirtieron en sus transmisores; pasaron a ser el eco viviente del anuncio evangélico. Un texto del Vaticano II dice: “La vocación cristiana es por su naturaleza también vocación al apostolado”: (*Ap. Act; 2*); o sea que cada vocación es también misión.

Debemos volver a descubrirnos todos como enviados; tendrán que nacer formas oportunas de re-evangelización, pero ya desde ahora debemos hacer lo que es posible, saliendo del desinterés y de la inercia; todos somos responsables de la fe, no sólo los sacerdotes. Supongamos que un día se enteran, antes que los demás, de una noticia de mucha resonancia: ¿logran acaso guardarla para ustedes? No, los agita por dentro, deben comunicarla, especialmente si se trata de una buena noticia. Y entonces, ¿esa noticia de que Dios nos ama, de que Jesús murió y resucitó, de que el Reino de Dios está cerca? Una noticia como ésa debería salir incluso por las rendijas de la puerta de una familia cristiana, ni qué decir de las palabras y los ojos de los creyentes.

El problema es más bien saber “cómo” debemos ser misioneros; ¿cómo puede un laico, permaneciendo tal, o sea profundamente insertado en las realidades de este mundo (familia, trabajo, relaciones sociales) ser también testigo y eco viviente del Evangelio? He aquí otra palabra del Vaticano II: “Cada miembro de la Iglesia debe dar testimonio de Jesús con espíritu de profecía” (*Presb. Ord. 2*). ¿Qué significa ser cristianos proféticos? Ciertamente, no estar en condiciones de prever los hechos futuros, sino más bien vivir de un modo que anuncie el futuro por excelencia, no sólo el futuro cronológico sino el escatológico, o sea, definitivo; en otras palabras, el cristiano laico debe ser misionero de esperanza: no de cualquier esperanza veleidosa, sino de la “esperanza que no decepciona”. Cristianos así constituyen una especie de red luminosa presente en cada ciudad; no hacen ruido, las crónicas no hablan de ellos, como no hablaban de los primeros cristianos los historiadores de la época. Y, sin embargo, están en el centro del acontecimiento más importante Y extraordinario que está produciéndose en la faz de la tierra de dos mil años a esta parte: ¡el crecimiento del Reino de Dios!

Misioneros con la esperanza, pero también con el testimonio: esta misión es accesible a todos porque no exige ni siquiera saber hablar. Basta hacer saber a los que vemos durante la semana que Jesús nos cambió la vida, que con Jesús se está bien, hasta en el dolor, más aún, entonces mejor que nunca. Si logramos realizar algún gesto de amor Y dar un poco de serenidad a alguien y nos pregunta: “Pero, ¿cómo haces para estar siempre tan sereno?”, no tenemos miedo de exteriorizar el verdadero motivo de ello.

Un día el profeta Isaías oyó la voz del Señor que decía: *¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?* Y el profeta respondió: *¡Aquí estoy, envíame!* (Is. 6,8). Ese llamado continúa; ahora, es Jesús quien dice: *¿Quién quiere ir por mí y anunciar la salvación a mi pueblo!* Felices los que tienen el coraje y la generosidad de responder: *¡Aquí estoy, envíame!* Felices porque los espera una alegría nueva que hasta ahora no conocieron; de los setenta y dos discípulos se dice que *volvieron y le dijeron llenos de gozo: “Señor, hasta los demonios se someten en tu Nombre”*. Con el nombre de Jesús se puede enfrentar el desprecio, pero también se hace —con mayor frecuencia— buen papel, porque el mundo, sin saberlo, sólo lo espera a él. Y, además, Jesús alienta a sus discípulos cuando vuelven de la misión; los lleva consigo, como hace en este momento con nosotros; les perdona los errores y los momentos de miedo y para devolverles el ánimo se entrega todo entero a ellos. Ahora, en la Eucaristía, Jesús es el gran “misionero” que viene a nosotros para evangelizarnos.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilias pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Misa celebrada en Bucaramanga (Colombia) (6-VII-1986)

– Los laicos convocados a una nueva evangelización

“La gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo” (Gal 1,3).

En la narración del evangelista San Lucas que acabamos de oír, el Señor designa y envía setenta y dos discípulos a todos los pueblos y lugares donde Él pensaba ir. Además de los Apóstoles y siguiendo su testimonio, muchos otros son llamados y enviados por el Señor para que, a lo largo de los siglos y hasta nuestros días, fueran precursores, mensajeros y testigos que anuncien la presencia y llegada de Cristo y proclamen el advenimiento del Reino de Dios.

Vosotros formáis parte de esa multitud ininterrumpida de discípulos que, de generación en generación, y en todos los pueblos y ciudades, en todas las culturas, ambientes y naciones, son testigos y pregoneros de la cercanía de ese reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz (cfr. *Lumen Gentium*, 36).

“La mies es mucha y los obreros pocos” (Lc 10,2). El campo de labor que se abre hoy ante los ojos del Apóstol es inmenso. No faltan las ciudades que, ayer como hoy, no escuchan y rechazan a los discípulos del Señor, enviados “como corderos en medio de lobos” (Lc 10,3). El materialismo, el consumismo, el secularismo han obnubilado y endurecido el corazón de muchos hombres. Pero hay muchas casas y ciudades que viven en la ley del Señor, que reciben “como río de paz”, según las palabras del profeta Isaías (Is 66,12). ¡La mies es abundante! ¡Se necesitan muchos brazos que trabajen en la construcción del reino de Dios!

Por eso el Concilio Vaticano II destacó con claridad y fuerza particulares, que toda vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado (cfr. *Apostolicam actuositatem*,3), invitando a todos los laicos a redescubrir su dignidad bautismal de discípulos del Señor, de obreros de la mies, y a reavivar su responsabilidad apostólica ante la magnitud de la tarea.

– En íntima unión con Cristo

Por el bautismo y la confirmación, por la participación en el sacerdocio de Cristo, como miembros vivos de su Cuerpo, los laicos participan en la comunión y en la misión de la Iglesia. La Iglesia quiere y necesita laicos santos que sean discípulos y testigos de Cristo, constructores de comunidades cristianas, transformadores del mundo según los valores del Evangelio.

La formación cristiana de los laicos requiere una pedagogía pastoral que ilumine y oriente con la luz y la fuerza de la fe. La fe profesada tiene que convertirse en vida cristiana. “Desead la paz a Jerusalén” (Sal 122,6) rezábamos en el Salmo responsorial; que la nueva Jerusalén, que es la iglesia, sea “como una ciudad bien unida y compacta” (Sal 122,3) en la fraternidad y el amor.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

En el trasfondo del Evangelio de hoy palpita la experiencia, ardua y gozosa a la vez, del apostolado de los primeros discípulos de Jesús que comprobaban cómo el Evangelio era acogido con entusiasmo por muchos aunque se produjeran también rechazos. Esta esperanzadora alegría que no se desanima ante las resistencias que la ceguera y debilidad humana presentan, acompañó y acompañará siempre a los cristianos de todos los tiempos.

Jesús se alegra con los suyos pero les dice: “no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo”. La alegría que debemos tener, pues, no debe ser tanto el resultado de que vemos los frutos de nuestra actuación apostólica cuanto porque, si difundimos la doctrina cristiana, tenemos asegurado el cielo. Es como si el Señor

nos dijera: me interesas tú, tu animosa colaboración, tu alegría y felicidad eterna, aunque no siempre veas el resultado de tu empeño por darme a conocer.

El Señor, como a sus primeros discípulos, nos envía también a cada uno para que, a través del trato con familiares, amigos y conocidos, extendamos su verdad liberadora por todos los rincones del mundo. “Los primeros cristianos –dice J. Mullor– fueron más fermento que masa. El interés que les acuciaba se imantaba hacia los que le rodeaban en la familia, en el trabajo, en la vida pública... El idealismo de los primeros cristianos –id al mundo entero y predicad el evangelio a toda criatura– era un idealismo realista, que comenzaba el trabajo apostólico, no en el *finis terrae*, sino en la tierra misma que pisaban. Sabían que, para llegar a los últimos extremos de la tierra, habían de recorrerla toda palmo a palmo y que, para anunciar el Evangelio a la humanidad, habían de anunciarlo antes de hombre a hombre, de comunidad a comunidad”.

Cuando la amistad es tan humana como cristiana, de ordinario, no es preciso ni siquiera provocar el tema de Dios y sus exigencias. La confidencia surge en numerosos momentos y encuentros. Entre amigos es fácil una corriente de intercambios de puntos de vista, se confían modos de pensar, de ver las cosas, unos y otros se corrigen, se emulan, en un apostolado tan delicado y amable como eficaz y natural. *Esas palabras deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente..., y la discreta indiscreción que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es ‘apostolado de la confidencia’* (S. Josemaría Escrivá). ¡Cuánto podemos hacer a nuestro alrededor no olvidando que hay un hambre y una sed de Dios que sólo Él puede calmar, una enfermedad –la del pecado– que sólo Él puede curar, si colaboramos en su misión evangelizadora! Vale la pena considerarlo.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Llamados a evangelizar»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 66, 10-14: Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz

Sal 65, 1-3a.4-5.6-7a.16 y 20: Aclamad al Señor, tierra entera

Ga 6, 14-18: Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús

Lc 10, 1-12, 17-20: Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. Vuestra paz descansará sobre ellos

II. LA FE DE LA IGLESIA

Los cristianos, por ser miembros del Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, contribuyen a la edificación de la Iglesia mediante la constancia de sus convicciones y de sus costumbres. La Iglesia aumenta, crece y se desarrolla por la santidad de sus fieles «hasta que lleguemos al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo» (2045).

«La fidelidad de los bautizados es una condición primordial para el anuncio del Evangelio y para la misión de la Iglesia en el mundo» (2044).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Jesucristo ordena a cada fiel que ora que lo haga universalmente por toda la tierra. Porque no dice “Que tu voluntad se haga” en mí o en vosotros, sino “en toda la tierra”; para que el error sea

desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que la virtud vuelva a florecer en ella y que la tierra ya no sea diferente del cielo» (S. Juan Crisóstomo) (2825).

«La sangre de los mártires es semilla de cristianos» (Tertuliano) (852).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

En la primera lectura escuchamos una profecía que proyecta una luz de entusiasmo, fe y esperanza ante una dura realidad basada en la seguridad de la cercanía con su pueblo.

Jesús, en el Evangelio, además de a los doce apóstoles, envió a un grupo más numeroso de discípulos para anunciar la llegada del Reino de Dios. Jesús les instruye de forma semejante a como lo hizo con los apóstoles.

La segunda lectura, de la carta a los Gálatas, concluye con un resumen del tema principal de la misma: la vida nueva ha comenzado en Cristo Crucificado.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La misión y exigencia de la catolicidad de la Iglesia: 849-851.

Vida moral y testimonio misionero: 2044-2046.

La respuesta:

Los caminos de la misión: 852-856.

C. Otras sugerencias

La misión dada a un grupo numeroso de los discípulos proyecta una dimensión de universalidad. Todos estamos llamados a anunciar el Evangelio por todo el mundo.

El evangelizador ejercita su misión como Jesús: con las palabras y con el testimonio de su vida y obras.

Las actitudes del evangelizador: pobreza, valentía profética, confianza en el Señor...

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Como un río de paz.

– El Señor viene a dar la paz a un mundo que carece de ella.

I. La Liturgia de este Domingo se centra de modo particular en la paz como un gran bien para el alma y para la sociedad. En la *Primera lectura*¹, el Profeta Isaías anuncia que la era del Mesías se caracterizará por la abundancia de este don divino; será como *un torrente de paz*, como *un torrente en crecida*, resumen de todos los bienes: el gozo, la alegría, el consuelo, la prosperidad prometida por Dios a la Jerusalén restaurada tras el destierro de Babilonia. *Como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo.* Isaías se refiere al Mesías, portador de esa paz que es, a un mismo tiempo, gracia y salvación eterna para cada uno y para todo el pueblo de Dios. La nueva Jerusalén es imagen de la Iglesia y de todos nosotros.

¹ Is 66, 10-14.

El Evangelio de la Misa² relata el envío de los discípulos anunciando la llegada del Reino de Dios. A su paso se repiten los milagros: ciegos que recuperan la vista, leprosos que quedan limpios, pecadores que se mueven a penitencia, y por todas partes van llevando la paz de Cristo. El mismo Señor, antes de partir para esta misión apostólica, les había encargado: *Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa. Y si hay allí gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz...* Este mensaje lo repetirá la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

Después de tantos años vemos, sin embargo, que el mundo no está en paz; la ansía y clama por ella, pero no la encuentra. En pocas ocasiones se ha nombrado tanto la palabra paz, y quizá pocas veces la paz ha estado más lejos del mundo. Incluso “dentro de cada país, y en no pocas naciones, el estado habitual tampoco tiene nada que ver con la paz. No que haya guerra, lo que generalmente se entiende por guerra, pero sí falta de paz. Lucha de razas, lucha de clases, lucha entre ideologías, lucha de partidos. Terrorismo, guerrillas, secuestros, atentados, inseguridad, motines, conflictos, violencia. Odios, resentimientos, acusaciones, recriminaciones”³. *Paz, paz, dicen. Y no hay paz*⁴. No hay paz en la sociedad, ni en las familias, ni en las almas. ¿Qué ocurre para que no haya paz? ¿Por qué tanta crispación y tanta violencia, por qué tanta inquietud y tristeza en las almas, si todos desean la paz? Quizá el mundo esté buscando la paz donde no la puede encontrar; quizá se la confunde con la tranquilidad, es posible que se haga depender de circunstancias externas y ajenas al hombre mismo. La paz viene de Dios y es un don divino que *sobrepasa todo entendimiento*⁵, y se otorga sólo a los hombres de buena voluntad⁶, a quienes procuran con todas sus fuerzas acomodar su vida al querer divino. ***La paz, que lleva consigo la alegría, el mundo no puede darla.***

–Siempre están los hombres haciendo paces, y siempre andan enzarzados con guerras, porque han olvidado el consejo de luchar por dentro, de acudir al auxilio de Dios, para que Él venza, y conseguir así la paz en el propio yo, en el propio hogar, en la sociedad y en el mundo.

–Si nos conducimos de este modo, la alegría será tuya y mía, porque es propiedad de los que vencen; y con la gracia de Dios –que no pierde batallas– nos llamaremos vencedores, si somos humildes⁷. Entonces seremos portadores de la paz verdadera, y la llevaremos como un tesoro inapreciable allí donde nos encontremos: a la familia, al lugar de trabajo, a los amigos..., al mundo entero.

– La violencia y la inquietud tienen sus raíces en el corazón de los hombres. Son consecuencias del pecado.

II. En los comienzos, antes de que se cometiera el pecado original, todo estaba ordenado para dar gloria a Dios y para felicidad de los hombres. No existían las guerras, los odios, los rencores, la incompreensión, las injusticias... Por ese primer pecado, al que se añadieron luego los pecados personales, el hombre se convirtió en un ser egoísta, soberbio, mezquino, avaro... Ahí hemos de buscar la causa de todos los desequilibrios que vemos a nuestro alrededor: “la violencia y la injusticia –señala Juan Pablo II– tienen raíces profundas en el corazón de cada individuo, de cada uno de nosotros”⁸. Del corazón proceden “todos los desórdenes que los hombres son capaces de cometer contra Dios, contra los hermanos y contra ellos mismos, provocando en lo más íntimo de sus

² Lc 10, 1-12; 17-20.

³ F. SUAREZ, *La paz os dejo*, Rialp, Madrid 1973, p. 47.

⁴ Cfr. Jer 6, 14.

⁵ Flp 4, 7.

⁶ Cfr. Lc 2, 14.

⁷ SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 102.

⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada de la Paz*, 8-XII-1984, n. 1.

conciencias un desgarrón, una profunda amargura, una falta de paz que necesariamente se refleja en el tejido de la vida social. Pero es también del corazón humano, de su inmensa capacidad de amar, de su generosidad para el sacrificio, de donde pueden surgir –fecundados por la gracia de Cristo– sentimientos de fraternidad y obras de servicio a los hombres que *como río de paz* (Is 66, 12) cooperen a la construcción de un mundo más justo, en el que la paz tenga carta de ciudadanía e impregne todas las estructuras de la sociedad”⁹. La paz es consecuencia de la gracia santificante, como la violencia, en cualquiera de sus manifestaciones, es consecuencia del pecado.

El futuro de la paz está en nuestros corazones¹⁰, pues el pecado no fue tan poderoso que pudiera borrar completamente la imagen de Dios en el hombre, sino sólo “ensuciarla, deformarla, debilitarla; pudo herir su alma, pero no aniquilarla; oscurecer su inteligencia, pero no destruirla; dar entrada al odio, pero no eliminar la capacidad de amar; torcer la voluntad, pero no hasta el punto de hacer imposible la rectificación”¹¹. Por eso, aunque el hombre tiende al mal cuando se deja llevar por su naturaleza caída, sin embargo puede, con la ayuda de la gracia, vencer estas pasiones desordenadas, y poseer y comunicar la paz que Cristo nos ganó. La vida del cristiano se convierte entonces en una lucha alegre por rechazar el mal y por alcanzar a Cristo. En esa lucha encuentra una seguridad llena de optimismo, y cuando pacta con el pecado y con sus errores la pierde, y se convierte entonces en una fuente de malestar o de violencia para sí mismo y para los demás.

Como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré Yo. Sólo en Cristo encontraremos la paz que tanto necesitamos para nosotros mismos y para quienes están más cerca. Acudamos a Él cuando las contrariedades de la vida pretendan quitarnos la serenidad del alma. Acudamos al sacramento de la Penitencia y a la dirección espiritual si, por no haber luchado suficientemente, hubiera entrado la inquietud y el desasosiego en nuestro corazón.

– La paz comienza en el alma con el reconocimiento de aquello que separa de Dios; con una profunda contrición. Promotores de paz en el mundo, comenzando por las personas más cercanas.

III. La presencia de Cristo en el corazón de sus discípulos es el origen de la verdadera paz, que es riqueza y plenitud, y no simple tranquilidad o ausencia de dificultades y de lucha. San Pablo afirma que Cristo mismo es nuestra paz¹²; poseerle y amarle es el origen de toda serenidad verdadera.

Este fluir de paz en nuestro corazón, *como un torrente en crecida*, comienza por el reconocimiento de nuestros pecados, de las faltas, negligencias y errores. Entonces, si somos humildes y miramos a Cristo, descubriremos su gran misericordia, “como si estuviese ahí detrás como escondido para decirnos: ésas son las miserias que he tomado sobre Mí para mostrarte muy personalmente, en esta soledad y en este dolor, cuál es el amor del Padre, único capaz de librarte de ellas, de darles en cierto modo la vuelta y utilizarlas para tu salvación. Entonces podrá resonar en el oído de nuestro corazón la palabra: tu fe te ha salvado y te ha curado. ¡Vete en paz!”¹³. No hay paz sin contrición, sin una profunda sinceridad con nosotros mismos que lleva a reconocer aquello que en nuestra vida aleja de Dios y de los hermanos, y sinceridad honda, sin paliativo alguno, en la Confesión.

⁹ A. DEL PORTILLO, *Homilía a participantes del Año Internacional de la Juventud*, 30-III-1985.

¹⁰ Cfr. JUAN PABLO II, *o. c.*, n. 3.

¹¹ F. SUAREZ, *o. c.*, p. 63.

¹² *Ef 2*, 14.

¹³ S. PINCKAERS, *En busca de la felicidad*, Palabra, Madrid 1981, p. 157.

Con este sosiego interior, que habremos de encontrar recomenzando muchas veces y no pactando jamás con nuestros defectos y errores, podremos entonces salir al mundo, a ese espacio en el que se desenvuelve nuestro quehacer diario, para ser promotores de la paz que el mundo no tiene y que, por tanto, no puede dar.

Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa... No se trata de un simple saludo, es la paz de Cristo que han de llevar sus discípulos a todos los caminos. Diremos a todos que la verdadera paz “se funda en la justicia, en el sentido de la dignidad inviolable del hombre, en el reconocimiento de una igualdad indeleble y deseable entre los hombres, en el principio básico de la fraternidad humana, es decir, en el respeto y amor debido a cada hombre”¹⁴. La paz del mundo comienza en el corazón de cada hombre.

El cristiano que vive de fe es el hombre de paz que contagia serenidad; se está bien a su lado y los demás buscarán su compañía. Pidamos a Nuestra Señora, al terminar este rato de oración, que sepamos acudir con humildad a la fuente de la paz (el Sagrario, la Confesión, la dirección espiritual) si viéramos que el desasosiego, el temor, la tristeza o la inquietud quieren penetrar en nuestro corazón. *Regina pacis, ora pro nobis... ora pro me.*

Rev. D. Iñaki BALLBÉ i Turu (Rubí, Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

Os envío

Hoy, la Iglesia contempla como, además de los Doce, había numerosos discípulos que seguían al Señor y habían sido llamados por Él. De entre todos aquellos discípulos, Jesucristo elige setenta y dos para una misión concreta. Les exige —lo mismo que a los Apóstoles— total desprendimiento y abandono completo en la Providencia divina.

El Concilio Vaticano II, en el Decreto *Apostolicam actuositatem*, nos recuerda que desde el Bautismo cada cristiano es llamado por Cristo a cumplir una misión. La Iglesia, en nombre del Señor, «ruega encarecidamente a todos los laicos que respondan gustosamente, con generosidad y prontitud de ánimo, a la voz de Cristo que en esta hora los invita con mayor insistencia, y a los impulsos del Espíritu Santo. Sientan los jóvenes que esa llamada va dirigida a ellos de modo particular; recíbanla con entusiasmo y magnanimidad. Es el propio Señor el que invita de nuevo a todos los laicos, por medio de este santo Concilio, a que se le unan cada día más íntimamente y a que, sintiendo como propias sus cosas, se asocien a su misión salvadora; de nuevo los envía a todas las ciudades y lugares a donde Él ha de ir, para que, con las diversas formas y maneras del único apostolado de la Iglesia que deberán adaptar constantemente a las nuevas necesidades de los tiempos, se le ofrezcan como cooperadores, abundando sinceramente en la obra del Señor y sabiendo que su trabajo no es inútil delante de Él» (n.33).

Cristo quiere inculcar a sus discípulos la audacia apostólica; por eso dice «os envío». Y san Juan Crisóstomo comenta: «Esto basta para daros ánimo, esto basta para que tengáis confianza y no temáis a los que os atacan». La audacia de los Apóstoles y de los discípulos venía de esta segura confianza de haber sido enviados por el mismo Dios. Actuaban, como explicó con firmeza el mismo Pedro al Sanedrín, en nombre de Jesucristo Nazareno, «pues no hay ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres por el que hayamos de ser salvados» (Hch 4,12).

¹⁴ PABLO VI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1971*.

